

Ottessa Moshfegh

McGlue

Narrativa Internacional Traducción de Inmaculada C. Pérez Parra

Ottessa Moshfegh

McGlue

Traducción de Inmaculada C. Pérez Parra



Los hombres jóvenes han nacido con cuchillos en el cerebro.

RALPH WALDO EMERSON
Life and Letters in New England, 1867

Zanzíbar

Me despierto.

Tengo tiesa y babeada de marrón la pechera de la camisa. Me supongo que es sangre seca y que estoy muerto. El aire del océano me convence de que dude, de que gire la cabeza en dos o tres embestidas hacia los pies. Tengo los pies en el suelo. A lo mejor es que me he caído de bruces en el fango. Sea como sea, sigo demasiado borracho como para que me importe.

—¡McGlue!

Una voz colérica grita desde la dirección de la luz del sol, el barco navega con las velas izadas, chirridos de madera y nudos apretados. Siento que se me retuerce el estómago. La cabeza. Justo la primavera pasada me la rompí al saltar de unos vagones en fila, de eso sí que me acuerdo. Me vuelvo a poner de rodillas.

Otra vez:

—¡McGlue!

Este McGlue. Me quiere sonar.

Una mano me agarra de la camisa y se me clava en la espalda, me conduce hasta la pasarela y subo, caminando no sé cómo. El barco está zarpando. Vomito y me agarro al costado de la popa y escupo bilis durante un rato mientras observo cómo pasa el agua corriendo, hasta que la tierra desaparece de la vista. Todo está tranquilo después, durante un rato. Luego, algo dentro de mí parece estar muriéndose. Vuelvo la cabeza y toso. Se me saltan dos dientes de la boca y se desparraman por la cubierta como si fuesen dados.

Al final me meten en la cama bajo cubierta. Me rebusco en los bolsillos a ver si tengo alguna botella y encuentro una.

—McGlue —dice el grumete, el mariquita—, trae esa mierda para acá.

Le vuelvo a dar un trago. Un poco se me derrama por la

barbilla y me moja el cuello manchado de la camisa. Dejo caer al suelo la botella vacía.

—Estás sangrando —dice el marica.

—Pues sí, lo estoy —digo, mientras me aparto la mano del cuello. Es sangre oscura, con sabor a ron, la pruebo. Debe de ser mía, pienso. Pienso en el uso que le podré dar si me entra sed luego. Marica parece preocupado. No me importa que me desabroche la camisa, ni siquiera le pego en las manos para apartárselas cuando me gira el cuello para un lado y luego para el otro. Demasiado cansado. Momento de la inspección. Dice que no me encuentra ningún agujero que señalar.

—Ajá —le digo.

Marica tiene en la cara una extraña mueca de desprecio y parece un poco asustado y se cierne sobre mí, con el pelo rojo metido cuidadosamente dentro del gorro de lana y una gota de sudor posada en el trípode del labio superior, justo debajo de su naricita. Me mira a los ojos, diría yo, con algo de miedo.

—Sin tocar —le digo, volviendo a subirme la manta. Es una manta de rayas grises y rojas que huele a leche de cordero. Me tapo la cara con ella mientras Marica sigue a lo suyo. Se está bien aquí debajo de la manta. Veo mi aliento en la oscuridad. Está tan oscuro que casi podría dormirme.

Mi mente viaja por las frías colinas de Perú en las que me perdí una noche. Una mujer gorda me alimentó con leche de su teta y me monté en un perro lanudo para bajar a lo largo de un río hasta llegar a la costa. Johnson estaba allí con el capitán, esperando. Eso significaba problemas. De sopetón el golpe tibio del ron y cierro los ojos.

—¿Qué has hecho? —dice el capitán la siguiente vez que los abro. Me despojan de la manta como con un latigazo. Saunders me quita los zapatos. Oigo crujir el barco. Alguien baja por el pasillo haciendo sonar la campana para la cena. El capitán está de pie junto al catre—. Queremos oírte decirlo —dice el capitán.

Tengo náuseas y estoy cansado. Vuelvo a quedarme dormido.

Están moviendo las bocas. Saunders y el marica están junto

a la puerta. Marica sostiene una botella, Saunders juguetea con unas llaves.

—Dame. —Se me rompe la voz. Puedo respirar, oír. Me pasa la botella.

—Has matado a Johnson —dice Saunders.

Me bajo más de la mitad de la botella y estiro el cuello, echo los hombros hacia atrás. Siento que se me suelta la mandíbula, miro hacia abajo, acordándome de la sangre. Me ha desaparecido la camisa.

—Dónde está mi camisa.

—¿Es verdad que lo has hecho? —dice el marica—. El oficial Pratt dice que te vio. Borracho, en la taberna de la Ciudad de Piedra. Que luego saliste corriendo hacia el muelle justo antes de que lo encontraran en el callejón.

—Qué bazofia, está frío. Todos poseídos hasta que se toman este antiniebla de efecto instantáneo, gracias, maricón —digo. Bebo.

—Lo encontraron muerto de una puñalada en el corazón, amigo —dice Saunders, agarrando las llaves, arrugando las cejas.

—¿Quién está como una cuba, Saunders? Déjalo ya, ahora mismo. Como que me está sacando de quicio. ¿Hay comida? —El marica retira la botella vacía de donde la he dejado yo encima de la manta. Tengo la impresión de estar soñando—. ¿Dónde está la de las pecas, Puck? Te cambio el sitio.

Ya no están hablando conmigo.

—Comida, tío. Joder. —Ya estoy completamente despierto. De un solo vistazo, abarco la habitación: letreros, paredes de madera pintadas de gris, ganchos de alambre, algunas prendas de loneta y jerséis marineros colgados, un espejo gris, con forma de escudo. La luz del sol lo inunda todo, estilo bloque, moteada de polvo blanco. Las sombras de los hombres que están en cubierta recorren las paredes a través de las pequeñas lumbreras rectangulares que hay en lo alto, muy por encima de mi catre. Un catre vacío a cada uno de mis lados. Una queja y un crujido de barco y océano. Anhelo cerveza y una canción. Esta es mi casa: yo abajo, en el corazón del navío a la deriva, esperando, yendo a alguna parte.

Saunders y Marica sueltan palabras y salen y escucho a

Saunders cerrar la puerta y protesto.

—Vuelve y sonríe, Saunders. Suéltame la noticia, ¿qué pasa? —Y no pasa nada.

No es la primera vez en este viaje que he estado en el agujero. Me harán trabajar bien la bomba todas las mañanas y zurcir las velas como a una vieja sirvienta en cuanto vuelva a estar recuperado. Pienso en mi madre, me la imagino siempre en el telar a través de las ventanas cerradas a cal y canto de la fábrica, yo un niño pequeñito de puntillas, levantándome con los dedos hasta posar los ojos apenas por encima del horizonte del alféizar de la ventana, observando a mi madre con la espalda encorvada, remilgada, altiva, trabajando, y volviéndola a observar esa noche a la mesa de nuestra casita, llamándonos a mi hermano y a mí «qué niños más buenos», juntando migas, contando monedas y tosiendo, mis hermanas ya en la cama, el pelo pálido de mi madre, hecho polvo, extendido por su espalda. Todas las estrellas fuera, allí puestas sin más. Los fríos reflejos de la noche de Salem después del calor de todo el día. Tiraría una piedra a una ventana si pudiera, si tuviera una. ¿Ha dicho Saunders que Johnson no se encontraba bien? Me voy a levantar y así me entero.

Me levanto. Tengo la cabeza desbaratada y no veo nada, después veo estrellas. Saunders ha dicho que Johnson estaba muerto, me parece. Acudo otra vez al catre, ciego. Saunders volverá con Johnson y nos reiremos. Hasta entonces, capearé mis meditaciones a través de los dolores lacerantes que siento en el cráneo, las olas lamedoras. Lo más probable es que me quede adormilado y luego me despierte para el pan y la mantequilla y las habichuelas calientes y el whisky, y será de noche y estaremos a medio camino de China y dirán «Al pozo, McGlue», como después de mi última pelea. Intento acordarme del puerto de escala en el que me empapé así.

Zanzíbar.

Piensa en algún sitio al que te gustaría ir.

Ya puedo ver. Me agarro los párpados entre los dedos y los sostengo para mantenerlos abiertos, doy pasos de potrillo hacia el espejo. Me acerco un poco más y tropiezo. Tengo una

cuerda amarrada al tobillo y sujeta al poste de la cama.

Llamo a gritos y me pone enfermo oír mi voz. Vuelve al catre, McGlue. Sí, gracias. Salen las estrellas. Busco la luna, pero me rehúye. No puedo encontrar ni medir mi camino. Déjate llevar, déjate llevar. Con que solo cierre los ojos, llegaré.

Duermo un poco más.

Océano Índico

Me despierto con fiebre. Sé que es fiebre porque tengo un trapo mojado doblado encima de la frente. El marica me atiende, está al lado de la cama con un libro en el regazo, balanceando una pierna desde la rodilla con forma de manzana silvestre. Tengo los brazos atados a los muslos, las orejas silenciadas, la cara vendada, y el agua gotea a través de las grietas del techo de la cubierta, y al respirar siento el sabor de la peste penetrante a lejía y a mierda. Sobre la bandeja abatible de la mesa hay un bote abierto de chucrut y un budín de pan. Levanto la vista. Las gotas de agua de la cubierta me caen sobre los ojos y queman. Marica empuña un espaldón de madera clara en la mano, me sobrevuela la cabeza con el brazo, con gesto casi maternal.

Abro la boca para maldecir.

Pero Marica me mete el espaldón a lo largo, entre los dientes. Me rebullo un poco.

—Tú te lo has buscado, McGlue —dice Marica, agarrándome del cuello.

Tengo sed, así que lo miro a los ojos lo mejor que puedo.

—No podemos darte más, así que ni lo pidas. —Esa es su respuesta.

Se cree que tiene algún poder sobre mí. Lo dejo que se lo crea y me rebullo un poco más. Con dificultad uso la lengua para saborear el cielo de la boca y lo que consigo es aire salado y mierda. No está bueno. Me gustaría algo dulce justo ahora. Había un pequeño puesto de avanzada en Borneo en el que vendían vino hecho con miel, de eso me acuerdo. Estaba bueno. Las muchachas holgazaneaban por allí abanicándose con láminas de plata, llevaban las tetas y los pezones colocados sobre chalecos ajustados de cota de malla. Las caderas de aquellas muchachas, estrechas como las de un niño, saltaban a un ritmo resuelto entre mis manos cuando yo

lo deseaba, como si de alguna manera estuvieran dentro de mi pensamiento, escuchando. Me senté a la sombra y las llevé a la carretera a bailar cuando refrescó y me entraron ganas de bailar. Johnson también. Luego Johnson me había dicho: «No te acerques; cuidado con el gordo, grita "cerdo" si ves que viene», mientras se retiraba, arrastrando a una de las muchachas detrás de la cortina de la jungla, alejándose, y yo había seguido bailando sin quitarle las manos de las caderas a la muchacha, y cuando llegó el gordo me saqué sin más la pistola de la bota y la disparé hacia las estrellas. A las muchachas les encantó, se pusieron a gritar y a correr, luego se rieron y volvieron a salir arrastrándose desde detrás de las oscuras hojas de palma, tapándose las bocas con las manos. El gordo se agarraba la barriga y asentía mirando la botella nueva puesta sobre el taburetito que usaban como mesa. Olvídate de Johnson, esa rata asustada e infame. Me siento y bebo y observo el cielo. Llega una muchacha y me coge de la mano y bailamos un rato más. Johnson vuelve a aparecer.

—¿Tan pronto, viejo? —le grito, mientras miro cómo vuelve caminando hacia la carretera y su muchacha se escabulle en la oscuridad, con la cota de malla destellando bajo el resplandor de la luna. Siempre con una muchacha. Derrama una lágrima por ella o por lo que ha hecho mientras zarpamos. Siempre una lágrima. Me río.

—¿Por qué no te quedas un tiempo? —solía decirle—. ¿A formar una bonita familia, a aprender el idioma? —Y él se largaba y reaparecía horas después, todo fresco y concentrado, se ponía a hablar con el capitán sobre las ventajas de los clíperes comparados con los cúteres y le preguntaba cómo se había metido en el negocio y demás con sus ojos soñadores. Qué asco me da. Ahora veo a las muchachas, en una fila, diciendo adiós desde la orilla, me las imagino de pie a lo largo de la grieta del techo en esta habitación oscurecida, con los ojos brillantes como gotas de agua, y sigo rebulléndome.

Bebida, por favor.

He estado así de enfermo antes.

—Mierda —intento decir, pero el espaldón me ha pillado otra vez la lengua. Miro a Marica. Tiene los ojos fijos en su regazo, leyendo renglones.

Si Marica no me da ron, entonces por lo menos que me deje chupar la salmuera del repollo, se me ocurre. Me coloco sobre el lado derecho, planeando algo. Marica se levanta y me clava el codo en el hueco de la cintura. Escupo el espaldón en el suelo. Me chorrea sangre de la boca.

—¿Ya estás contento, maricona? —Sorbo ruidosamente. Mi voz me da dolor de cabeza. En la cabeza, me parece recordar, tengo una brecha importante.

—Da las gracias, McGlue. El siguiente puerto es Mac Harbour, donde deberíamos dejarte con los demás convictos sin más.

—Encantado si lo hacéis —le digo y me doy un golpe en la cabeza contra el catre. El efecto es bueno: un sabor intenso a sangre al fondo de la garganta y lo veo todo negro durante un rato, luego blanco. Me vuelvo a dormir.

Puerto Macquarie, Tasmania

Hemos atracado y la mayoría de los marineros han desembarcado, pero los negritos que están encerrados en el camarote de al lado están roncando. Entonces oigo a alguien verter algo en una taza. Estoy despierto. Me froto las muñecas violentamente contra las caderas y deshago las cuerdas, me levanto y arrastro las patas de mi catre hasta la pared y respiro hondo. Veo una cantimplora en la bandeja abierta de la mesa abatible, así que arrastro el catre en esa dirección y agarro la cantimplora y bebo hasta que se queda vacía. Solo agua. Baja por mis conductos como un glaciar, lo contrario que el pis sobre la nieve, y me doblo y maldigo, mis primeras palabras en días. Los negritos murmuran. Luego arrastro el catre otra vez hasta la pared y me subo en él, miro a través de la lumbrera alta que da a la cubierta. Azul por todas partes. El cielo es azul. Las nubes son azules. El océano es azul. El lento zigzag de una gaviota balanceándose ante mis ojos de tal manera que me empiezan a lagrimear. ¿Estoy llorando? Si este costado del barco diese a tierra, creo que vomitaría de deseo. Cualquier otro día estaría comprando una lata de tabaco, me metería rápidamente un poco en las encías, después más en una pipa, entornaría los ojos, me golpearía el pecho, le pegaría un grito a Johnson para que viniera. Cuántas horas hasta que el barco estuviera cargado; lo averiguaría. Daríamos un paseo hasta la ciudad, a ver qué tienen aquí de interesante. Un país lleno de asesinos y ladrones debe de tener cosas buenas, se me ocurre. Vino de sangre, se me ocurre. Whisky hecho con dedos de señoras. Alguna clase de rapé fuerte de plantas malas usadas para tratar a los de corazón renegrido de la cárcel. Carnes asadas. Pasteles rellenos de confites, ratas, brandy. Me apuesto a que sé lo que estarían diciendo los marineros. Por todas partes mujeres con el coño torcido. Me muero de hambre.

—¡Hambre! —le grito al mar.

¿Han dicho que he hecho algo mal? Johnson debe de estar enfadado y no va a bajar a arreglar las cosas. Todavía no. Y me han dejado aquí abajo sin más, a que me muera de hambre. Además que no he tomado ni una gota en días. Verán esta inanición y se sentirán fatal, tanto que caerán a mis pies y me pasarán unos panecillos de pascua untados en abundante mantequilla fresca y me rogarán que los perdone. Todos ellos: Johnson, Pratt, el capitán, Saunders, la maricona, el mundo entero, uno tras otro. Como un buen sacerdote les daré palmaditas en la cabeza y asentiré. Sumergiré el cráneo en un barril de ginebra.

Me siento feliz al imaginarme mi mano en la cabeza agachada de Johnson, su pelo negro y reluciente entre mis dedos. Se lo retorceré como una niña que se hace las trenzas, le pellizcaré las mejillas, dejaré que algunas de mis babas de hombre hambriento le goteen por la cara, escupiré lo que tenga en la garganta, «Johnny. Un brindis», le diré. Dos jarros de cerveza subiendo y bajándonos por la boca y nuestras barbas de marinos llenas de babazas espumosas. Así era en Salem, las noches en que esperábamos para zarpar del puerto. El sonrojo de las mejillas de Johnson brota como las flores cada vez que traga, luego vuelve a desvanecerse mientras habla. Su pelo, moreno y pringoso como brea caliente, no se revuelve ni se desvía nunca de donde se asienta, no importa cuánto viento o cuánta lluvia. «Precioso», dicen. Él me llamaba «Jabonero» por cómo llevaba el pelo cuando nos conocimos: tan largo por delante que me lo liaba alrededor de las orejas y se quedaba sujeto. Dice que me tomó por un chaval de unos quince años la noche que se encontró conmigo y se sintió como un verdadero héroe.

Tengo que reírme. La primera vez que vi a Johnson pensé que era uno de esos viejos mamones que según dicen se acoplan con los chavales por ahí por el bosque a cambio de unos cuantos centavos la mamada o lo que sea. Conozco bien a esos tipos.

—¿Te crees —me dijo Johnson— que ese ron va a impedir que te congeles esta noche?

Yo me tapaba la cara con el sombrero, tenía una botella entre las rodillas, mientras iba derritiendo con el culo la nieve

en la que estaba sentado muerto de cansancio, apoyado contra un árbol. Johnson estaba subido a un caballo.

—Lárgate —le dije yo. Pervertido o no, no me importaba. A aquellas alturas llevaba unos cuantos días de juerga, en algún lugar entre New Haven y Orange. No iba a volver nunca a mi casa. Veía la playa pavimentada de hielo a través de los árboles iluminados por la luna. Tenía otra botella, entera (una doble pinta) en el bolsillo del abrigo, y me quedaba algo de dinero. Estaba bien. Eso era lo que pensaba.

Pero Johnson no se iba. Su yegua se encabritó y él tiró de ella y la hizo retroceder, tanto su respiración como el bufido del caballo salían humeando como espíritus fantasmales al abandonar sus cuerpos, como el poema siniestro de un niño. Intenté reírme, pero se me había quedado la cara congelada. De eso me acuerdo.

—Aquí fuera te vas a morir —dijo Johnson—. Déjame que te lleve a la ciudad.

—Vete a tomar por culo —le dije yo. Se comportó como si no lo hubiese oído e hizo girar a la yegua un poco más.

—¿Puck, dices? —dijo él. Bebí un trago—. Un chico que ha leído a Shakespeare se viene a pasar la noche en el hielo. Ay… —Le dio una palmada a la grupa de su yegua—. Súbete, Nicky Bottom.

Se comportaba como un marica, pero no tenía pinta de serlo. Es un chiste, pensé. Me está tomando el pelo, lo que estaba esperando que hiciera. Se inclinó hacia mí y me puso la mano en la cara para que se la agarrase. Me preguntó que de dónde era y, cuando dije «Salem», se rio.

—Ahí nací yo —dijo, tirando de mí para subirme.

Ya había estado como una cuba antes y por aquel entonces tenía veintidós, veintitrés años, creo, sabía que estaba destinado a irme al otro barrio durante las partes más detestables de la vida. Estaba condenado. Me había acostumbrado a eso, principalmente. No obstante, por algún motivo, me apunté: me subí a su caballo y me agarré a la correa de la montura por donde pude y cabalgamos. Seguramente hacía tanto frío encima de aquel caballo como sentado allí en la nieve. Pero a lo mejor tenía razón Johnson. A lo mejor me salvó la vida.

Nos dirigimos al sur y cabalgamos toda la noche, según

recuerdo. Johnson me dijo que a la altura de Stratford había inclinado la cabeza sobre su hombro y había roncado. Me desperté, debió de ser días después, en Mamaroneck, por la tarde, con la cabeza sobre un mantel blanco limpio, oliendo el pescado friéndose.

Johnson estaba junto a los fogones, dándome la espalda y rodeando a una muchacha con el brazo. La muchacha trajo un plato a la mesa. Había en ella un pescado frito dorado.

—Aquí el amigo Nick no se va a comer eso, hermana —dijo Johnson—. Dale patatas. Me parece que es lo único que puede digerir por el momento, ¿no es verdad?

Asentí.

Johnson vino y se sentó y se comió el pescado con un tenedor de plata y una mano en el regazo.

—McGlue —le dije.

Volvió a darme la mano.

Marica abre el pestillo de la puerta horas más tarde. Está anocheciendo y la tarde se ha vuelto gris. Lleva puesto un extraño jersey verde. Deja un cajón de naranjas sobre la mesa abatible, luego se acerca y me mira desde arriba. Junto las manos.

—El capitán dice que te dé comida. Hay unas cuantas naranjas. Luego te mandaré una bandeja. Y supongo que un poco de cerveza. Pero el capitán ha dicho que más ron no. Tienes un agujero enorme en la cabeza, McGlue.

Me toco la brecha con el dedo. Me pitan los oídos. Me despierto más, es como un día luminoso, soleado y sin ningún sitio adonde ir. Todavía más ron voy a necesitar, pienso.

—Si tienes que hacer tus cosas, lo haces aquí —dice, vuelve a salir al pasillo y entra trayendo un gran cubo de hojalata. Lo coloca con cuidado al lado de la cama.

—Muchas gracias, maricón —le digo—. Tírame una naranja.

Elige una y la echa con cuidado en mis palmas abiertas. Qué simpática la mariquita, pienso. Buen chico, estoy pensando, mientras lo miro irse y cerrar la puerta. Perforo la piel porosa de la naranja con la uña amarilla y engrosada del pulgar. El perfume me estimula los pelitos de la nariz, hace

que me lagrimeen los ojos. Olfateo profundamente. Se me llena la cabeza de la rociada ácida, provocándome un ansia profunda en el cerebro. Qué rica. Le pego un bocado, con piel y todo. No está rica. Este soy yo ahora: vomitando fruta en un cubo ya medio lleno de pis y mierda de negrito.

Me vuelvo a recostar y cierro los ojos. Pronto habrá comida caliente. La idea me revuelve el estómago. Una jarra de cerveza fría sería mejor. Dormiré hasta entonces, pensando en Shanghái. La plaza barrida y refregada de vez en cuando. El inmenso reloj. La piel perfecta de la muchacha. Sin variaciones. Se la podría pintar con tres colores: amarillo, negro y rojo.

Marica me despierta en la oscuridad con un plato frío de estofado y me hunde un tenedor en el puño.

—Nada de cerveza —dice—. Órdenes del capitán.

Recordando solo mi nombre todavía, el hombre que soy, me incorporo en el catre y como lo mejor que puedo.

Pacífico Sur, un mes después

He estado estudiando un almanaque de Tasmania de Walch & Sons, memorizando las páginas, para no permitir que se me estropee el músculo de la mente como les ha pasado a los de mis brazos y mis piernas después de casi un mes, supongo, de estar tumbado aquí abajo, recluido. Algunas veces, cuando bajo la vista, una parte de mí menos pensante admira las formas y curvas de mi carne y mis huesos que han adquirido una especie de pálida y hermosa clandestinidad, como los de una muchacha de campo durante el invierno. Levanto las sábanas y miro y miro. Bueno, es un buen juego al que jugar cuando estoy demasiado aburrido para pensar. Mi mente divaga mientras observo la cosa levantarse y demorarse. Si me dan comida por la mañana y no está demasiado fría, tiendo a pasar el tiempo en voz alta, canto las canciones que aprendí en el colegio, le hablo a un Johnson invisible, me echo unas risas, saco un poco el alma afuera. Le he pedido a Saunders y a Marica que me proporcionen algunas diversiones.

—Dejadme pasear por el barco. ¿Os pensáis que me voy a escapar a nado? —digo.

Me dicen que debería contentarme con lo que tengo para leer: seis letras en relieve en la botella de cristal azul de A-C-E-I-T-E. No saben lo del almanaque. Siguen diciendo que he matado a Johnson.

Sin Johnson por aquí para contar con sus cuidados y todos estos compañeros en mi contra como si fuera un asesino, echo de menos el ron. Estoy empezando a oír lo que dicen que he hecho. Marica dice que debería estar tumbado aquí en silencio y rezando. Le digo que tengo sed. Tiro hacia abajo de la manta y me levanto los calzoncillos.

—Maricona —digo—. Si tuviera sed, ¿podrías permitirte esto?

Lo veo contraer los ojos, nervioso, al marica.

—Hueles como el culo de un caballo muerto, McGlue.

Su burla suena ofendida y yo me río.

Bajo la vista para mirar los hermosos acantilados salientes y valles de alabastro de mi cuerpo, lleno de los garabatos de mis ricitos castaño claro hasta abajo, hasta la pelusa de infierno oscurecido, húmedo y embriagador. Una jarra alta de oporto estaría bien. Te besaría, pienso. La cosa se da a conocer, se destraba de la oscuridad de ahí abajo.

—Hola —le digo. Se levanta.

Maricona me está observando.

—El marica no quiere saber nada de ti, entonces —digo, y me lamo la mano—. Marica —le digo, bajando la mano para agarrármela—, quédate conmigo.

Ve perfectamente el juego al que estoy jugando. Se queda.

Esa noche me trae un tonel de cerveza.

A la mañana siguiente, una botella de lo bueno.

Estoy bien otra vez. Ya no leo tanto el almanaque. El infierno se esconde en la zanja y tengo los ojos secos.

Pacífico Sur

Entra el capitán. Lleva puesto un sombrero nuevo de fieltro negro.

—¿Qué sería peor, McGlue? ¿Quieres confesar hoy?

—Yo no he sido —digo.

—Y no te acuerdas.

—Ningún recuerdo.

—Enséñame las manos —dice, y las extiendo abiertas hacia él lo mejor que puedo. Vacilan y se mueven de un lado a otro. El capitán sujeta una entre las dos palmas calientes de sus manos. Luego le da una palmada, fuerte. Un niño malo. No me río.

—Se han mandado noticias a tu madre, McGlue. Se te va a juzgar en Salem, en primer grado, lo más probable. O incluso en segundo grado. El grado más alto, si es que te interesa saber lo que creo que te corresponde. —Qué idiota. Retuerce la cara y aparta la mirada y se mece hacia atrás sobre sus talones y vuelve a intentar mirarme a la cara, pero no puede y retuerce la cara otra vez. Se parece a un hombre ahogado: la cara cenicienta, desbarbada, los ojos inflamados y descoloridos, las venas notándosele claramente en la garganta —. Te crees que es todo una broma, ¿verdad? Estar aquí acostado todo el día, no trabajar, te crees que te las sabes todas. Borracho, escoria —me llama—. Eso que Johnson decía de que servirías de algo nunca lo vi, y tenía yo razón. No quiero ni pensar lo que tendrá que decirte su familia. ¿Para qué lo iba a pensar nadie? La gente querrá saber por qué lo hiciste, McGlue. Será mejor que empieces a esforzarte mucho en pensar. ¿En qué has estado pensando todo este tiempo?

Junto las manos y me incorporo un poco en el catre. Me limito a mirarlo como diciendo «¿qué?».

—Llegaremos a casa dentro de un mes —dice él. Se acerca un poquito más y me mira la cabeza desde arriba, supongo

que para ver la brecha. Hora de la inspección. Al salir le llega el aroma del cubo de pis y mierda, y mira al marica y ladea la barbilla señalando el cubo y sale con la cabeza agachada. Tiene escamas en el mentón, su mentón fallido, en eso es como un pez. Me pregunto quién querría follarse en algún momento a un hombre semejante.

Las cosas se ralentizan aquí abajo.

Había un hombrecillo hindú sentado con las piernas cruzadas en el mercado de Calcuta que blandía una espada por encima de su cabeza. Johnson me dio un codazo al verlo, así que nos detuvimos y nos quedamos mirando cómo se metía la espada en la garganta, hasta el fondo, hasta que el mango se le quedó posado sobre los dientes. Vinieron unos hombres y el hombrecillo salió corriendo, con la cabeza todavía echada hacia atrás, moviéndose con agilidad como un lagartito.

Le pregunté a Johnson cómo podía haber sobrevivido el hombrecillo a semejante empalamiento.

—Aquí está todo vacío, Nicky —me dijo él, golpeándose el pecho—. Como un túnel—. Después me dio un golpe en la cabeza—. Tú puede que estés vacío de chatarra aquí arriba.

Lo que he estado pensando, capitán, es que lo que está exento del impuesto de importación en un país es lo que me gustaría ensartarme a través de la brecha que tengo en el cráneo para empezar a llenármelo: heno, naranjas, limones, piñas, granos de cacao, uvas, fruta verde y verduras de todas las variedades y bagazo de aceite de linaza. Caballos, cerdos, pollos, perros y animales vivos de todo tipo, excepto vacas y ovejas. Corchos, corteza, leña, palo de Campeche y palo de tinte. Cobre o metal de latón, pernos o cubiertas y clavos de cobre y de latón. Fieltro para el revestimiento, estopa y chatarra, alquitrán, brea y resina. Lienzo de vela, botes y remos para los botes.

Me lleno la cabeza con cuadernales de barcos, lámparas de bitácora, lámparas de señales, brújulas, argollas, poleas, vigotas, anillas y guardacabos, lumbreras de cubierta, anclas y cadenas de toda especie y cable de acero galvanizado. Zumo de lima y hielo. Libros, música y periódicos impresos, mapas,

cartas náuticas, globos terráqueos y cartón sin cortar, aglomerado y cartón corrugado. Tinta, imprentas, tipos móviles y otros materiales para imprimir. Equipajes de pasajeros o mobiliario de camarote que llegan a la colonia en cualquier momento comprendido entre los tres meses anteriores y posteriores a la aparición de su dueño. Lápidas, vitrinas conmemorativas, armonios, órganos, campanas y relojes importados expresamente para las iglesias o las capillas. Cueros y pieles de toda especie, sin curtir ni manufacturar. Revestimientos de todas clases. Ratanes, desfibrados o enteros.

Ejes de carruajes, radios, bujes y llantas. Pizarras escolares y pizarrines, pizarra para los tejados y pizarra y piedra para adoquinar. Mármol, granito, pizarra o piedra en bloques en bruto.

Carbonato de sodio, soda cáustica y silicato de sodio. Desechos del algodón, desechos de la lana, cabo de algodón, lana, lino, cáñamo, estopa y yute, sin manufacturar. Especímenes de historia natural, mineralogía o botánica. Polvo de oro, lingotes de oro, barra y moneda. Cerdas de fibra de coco y pelo sin manufacturar. Cepillos de escoba y palos, manufacturados en parte con el propósito de fabricar escobas. Frascos de vidrio o de cerámica, importados expresamente para mermeladas. Vara barra aro lámina placa y arrabio y moldes para lingotes de plomo y tableros de molde. Sulfato de magnesio, ácido cítrico, ácido sulfúrico, ácido clorhídrico, ácido carbólico. Crinolina para hornos para secar lúpulo. Vinos y licores.

Capitán.

¿Qué es verdad?

Nos quedamos una noche en Mamaroneck y, aunque me habría gustado salir e ir corriendo a un puesto de grog, Johnson dijo que teníamos que levantarnos temprano para ir a caballo a la ciudad y dispuso para mí una muda de ropa suya vieja en el respaldo de una silla: pantalones marrón oscuro, una camisa limpia, chaleco y levita de lana.

—New Haven es bueno por dos cosas —dijo Johnson mientras se desvestía para meterse en la cama—. Los Sam Colts y la desmotadora. —Lo observé desde donde me encontraba, calentándome junto al fuego. Los brazos de

Johnson eran delgados y estaban magníficamente trabajados. Las manos rojas, y brotando de ellas lo que solo se me ocurría que debía de ser la belleza—. Ya he terminado —dijo, metiéndose en la cama—. Nueva York está llena de gente rica, de dinero y vino. Solo tienes que aprender a no beber demasiado o conseguirás que te encierren.

Me quedé allí con las manos en los bolsillos. Estaba pensando en que Johnson era un viaje a alguna parte y otras cuantas comidas hasta que llegase allí.

—¿Quién es la muchacha? —le pregunté.

—Una antigua sirvienta —fue su respuesta.

Me quedé allí de pie un rato más y lo observé en un espejo rajado que había en la mesilla de noche mientras se frotaba los ojos.

—¿Para qué me quieres aquí?

—¿Tienes un arma? —preguntó él.

—Sí.

—Y todavía no me has disparado —dijo.

—No.

Tiró una manta en la alfombra que había junto al fuego y se dio la vuelta.

Por la mañana nos encontramos con que los pantalones de Johnson me quedaban demasiado largos y Johnson hizo que la muchacha les cosiera el dobladillo mientras yo esperaba con mis calzoncillos largos junto al fuego y él preparaba el caballo.

Mar del Norte, al sur de Long Forties

Hay una tormenta por la noche y el barco cabecea. Los marineros trepan arriba y abajo del pasillo y atraviesan la cubierta, voceando por encima del viento y de la lluvia. Izad las velas, plegad las velas, arreglad el aparejo, me acuerdo de todo aquello. Me pongo de pie en el catre para mirar por la lumbrera, me limpio la cara, observo destellar los relámpagos a través de la blanca torre de banderas, dando latigazos como locos, la proa volando alto, la silla araña el suelo detrás de mí, el mar negro todo alrededor. El barco se inclina y la lluvia entra a través del portillo sobre el catre. Me levanto y arrastro el catre y lo pongo contra la puerta. Este tipo de mareo cobra sentido cuando camino. El cubo de pis y de mierda lo calzo a presión en el rincón. Me gustaría fumar. Vuelvo el catre para sacarle el agua y recostarme. Esto es como estar en alta mar. La mejor parte. Cierro los ojos, dejo que la habitación dé vueltas.

—Si no puedes dormir, piensa en cosas que te gustaría comer, en cosas que ves cuando bajas por el camino, en nombres de muchachas. Dilos en tu cabeza, una y otra vez, hasta que no puedas más.

—Yo siempre puedo más, Johnson —le digo—. Es lo que necesito siempre, una más.

—Johnson, Johnson, Johnson, Johnson…

Bahía de Vizcaya

Así soy yo: los codos hacia afuera, los puños metidos bajo las axilas, paso amplio con la pierna extendida y la rodilla alta y el pie flexionado, la espalda arqueada. Después doblo la rodilla y bajo un pie justo apenas dos centímetros por delante del otro, la espalda desplomada, enderezo los codos, dejo los brazos colgando hacia abajo, extiendo los dedos y los agito hacia el suelo, el culo estirado hacia afuera, la cabeza alta, los ojos cerrados. Así es como camino. Así es como caminaré a partir de ahora.

Me siento en la silla.

Qué aburrimiento.

Grito «Marica» muy fuerte. Le pediré que me mande a unos negritos para jugar con ellos. Son los más divertidos, de todas formas. Pero Marica no viene. Me vuelvo a levantar. Bebo un sorbo de la cantimplora. Es whisky rebajado. No lo suficiente. Silbo. Pienso que me gustaría ser un hechicero.

—¿Como la que vimos en Estambul, con el humo y la cortina?

—¿Aquella muchacha rusa gorda?

—Sí. Era guapa.

—No. —Escupo—. Un hechicero de verdad, Johnson. Hacer que aparezca algo, así sin más. —Chasqueo los dedos.

—Sin humo.

Enciende una cerilla en la parte inferior de la bandeja abatible y me tira una botella, se enciende la pipa. Parece preocupado por algo. Me fijo en sus ojos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Hay mucho silencio aquí abajo —dice él, comprobando el catre con la rodilla—. ¿No preferirías que se alojara contigo un compañero?

Su único ojo está contraído por el humo. Se sienta.

—¿Quién va a alojarse conmigo? Todos se piensan que soy

un asesino.

—Bueno, ¿con quién te gustaría alojarte?

—Con el brujo que aplastaron con piedras en la prisión de Salem, hace mucho tiempo.

—¿Cómo lo aplastaron?

—Apilaron piedras sobre él. Pedruscos. Hasta que la lengua y los globos oculares le salieron disparados de la cabeza.

—¿Era un brujo de verdad?

—Si no lo era, murió como un idiota.

—¿Y tú, McGlue?

—No, yo no soy idiota, gracias.

—Bueno, venga, vamos a hacer algo.

—No hay nada que hacer, Johnny.

Johnson le da caladas a su pipa, se reclina hacia atrás con las piernas cruzadas en el catre, no mueve la cabeza.

—Quédate callado —dice y rumia con la boca como un caballo y se pone un poco pálido, parece que de no respirar, y cierra los ojos, como haciéndose el muerto. Yo me quedo ahí quieto sin más con las manos en el respaldo de la silla y espero a que se ría. Solíamos hacer eso: borrachos al pie de las escaleras o después de caernos de un árbol, de que nos molieran a puñetazos en una pelea, de que nos tirara el caballo; él o yo nos quedábamos ahí tumbados, inmóviles el tiempo suficiente para que el otro viniera a sacudirnos. Entonces nos reíamos. «¿Qué, te creías que estaba muerto? Idiota». Así que me levanto y espero a Johnson. Pero, en vez de una risa, lo que sale de su boca cuando la abre es una columna de humo del tamaño de un hombre adulto y el hombre de humo lleva un perrito de humo atado a una cuerda y se quedan flotando ahí, como si estuvieran esperando para cruzar una carretera. Johnson respira hondo y recobra la compostura, aprieta los ojos con mucha fuerza, luego los abre y sacude la cara. Nos quedamos mirando el humo. El hombre lleva puesta una especie de capa tejida holgada de color pardo y un feo sombrero abultado, con el pelo largo. El perro no parece tan viejo.

—¿Tú, McGlue? —El hombre mira a Johnson. Su voz chirría un poco, sin proceder de ninguna parte, a través del aire frío y espeso del océano. Johnson niega con la cabeza.

—Tengo a tu perro —dice el hombre. Y saca el puño con la

cuerda, el extremo enrollado—. Sigue siendo tuyo —dice. Agarro la cuerda. El perro salta y agita las patas sobre mis rodillas. No siento nada.

—Dale las gracias al hombre —dice Johnson.

—Gracias —digo.

Johnson se ríe. El perro se me está meando en el pie.

La risa de Johnson es malvada y suena a inventada.

Estos sueños hacen que me duela el corazón.

Cuando era un niño —seis, siete, ocho—, tenía un perrito.

—¿Crees que va a vivir para siempre? —me preguntó alguien.

Me quedo callado.

Salí a pasear hasta la tienda de Buff, a ver si me vendía algo de beber.

—Mamá me ha dado esto para que compre un trago de whisky de centeno. —Pongo la moneda sobre el mostrador.

—¿Un trago? —Buff tenía migas de pan moreno en el bigote. Había un cristal en la parte de abajo del mostrador, allí podía verme reflejadas las piernas. Detrás de las piernas había pipas puestas en fila. Algunas pipas estaban hechas de huesos. Había caramelos rojos en una hoja de papel. Cada uno tenía un manchurrón de una cosa como pintura roja en el papel de debajo. También caramelos masticables. Mi perrito me chupaba el zapato.

—¿Te gustan los caramelos?

Moví la cabeza y cogí la botella.

De eso me acuerdo, y de pasar por delante del patio del colegio con el perrito. El tocado negro de la maestra como un gran bicho negro. Hace viento allí. La maestra saluda y se saca un mechón de pelo de la boca, sigue andando. Me cambio la cuerda de una mano a la otra, palpo la botellita que llevo en el bolsillo. El aire cálido y ventoso del otoño es agradable. El perrito le ladra al polvo que levanta un caballito al patear el suelo en la calle Howard y, de todos modos, no me gusta estar en la calle Howard. Buen chico. La calle Howard es donde entierran a los muertos. Y está la cárcel, de ladrillo rojo, y un montón de chimeneas diminutas clavadas en el limpio cielo azul sobre ella. A lo mejor subo por la calle

Howard a ver sin más. Me parece que aquí es donde entierran solo a los hombres viejos. No a los niños pequeños. No me iré así. Nadie que yo conozca está enterrado allí. Intento mirar a través de las ventanas de la cárcel, pero están entrecruzadas y oscuras. El perrito se revuelve en la cuerda y gruñe. No me gusta. Me doy la vuelta hacia el pueblo e intento cantar una canción alegre en mi cabeza.

Palpo la botellita que llevo en el bolsillo y silbo en cuanto llego a la hierba.

Ahí está Dwelly tirando la pelota. Ahí está Rich.

—¿Ese perro es tuyo, McGlue?

—Sí, es mío.

—¿Sabe hacer algún truco?

—Sienta —digo—. Siéntate.

Mi perrito sacude la cola muy rápido y se mea y baja las orejas y se estremece y parece asustado y me agacho para acariciarlo.

—El perro es un coñazo, Mick —dice Rich.

—Ya —dice Dwelly.

Dwelly tira la pelota al aire. Está casi oscureciendo.

Saco la botella y se la enseño.

Bajamos la calle Derby, por delante de todas las enormes casas elegantes, el fuego en los faroles de cristal en cada esquina, y nos vamos pasando la botellita. Se termina demasiado pronto. Rich se tiene que ir. Me voy a casa con Dwelly para jugar más. Vive justo al final de mi calle. Ato al perro a un poste delante de la casa. Llora y no me importa.

Atlántico Sur

El barco ha estado estable. Marica viene y va sin decir mucho. Un negrito viene de vez en cuando a vaciar el cubo de pis y mierda. Intento sacarlo de quicio para que me gaste una o dos bromas, pero no quiere saber nada. Alza las palmas de las manos a los lados de la cara y saca la lengua. Lo hace con la intención de asustarme y lo consigue. Esperaré a volver a casa para pensar en el futuro sin más. Por ahora, tengo mucho que recordar.

Como Nueva York.

Había una niebla fría que cruzaba la hierba y ovejas gordas a lo largo de una pequeña colina y unos cuantos hombres a caballo y una gran extensión de tierra a un lado y a otro y la hierba y los árboles quitados para hacer carreteras y a ambos lados casitas y ríos que podía ver en los puntos donde se aclaraba la niebla y si entornaba los ojos. Había cerdos durmiendo en un pequeño canalón junto al borde del parque. Un cartel en un poste que decía DESFILE.

Llegamos temprano por la mañana a la isla de Manhattan y Johnson encontró enseguida a un hombre que le comprara la yegua. Subí piafando la colina y me senté con la espalda apoyada contra un árbol. Allí no había nieve, pero el suelo estaba helado. Me quedé mirando a Johnson mientras vendía su yegua. No le dio palmaditas en el cuello ni nada para decirle adiós. Solo se metió el dinero en el bolsillo y subió la colina caminando.

—Allí abajo es donde viven los barcos y la gente —dijo Johnson señalando—. Vamos a buscar a mi primo.

Zarpamos colina abajo hacia el extremo sur de la isla, Johnson con la cabeza agachada y el sombrero alto y el abrigo acampanado, las manos en los bolsillos y las mejillas resplandecientes de tan rosas y después bajamos trotando por un carril amplio, había poca gente en las calles tan temprano,

Johnson volvía la cabeza apenas lo justo para embeberse del lugar, como si ya supiera dónde estaba y a dónde estaba yendo y apretaba y apretaba el paso, yo lo seguía con dificultad y la vista moteada de blanco por el sol, las piernas dos pesos muertos al principio por el largo día y la cabalgada nocturna, después, entumecidas de frío y de inhalar el aire lleno de humo y sin sombrero y le dije:

—Johnson. —Pero no me detuve porque él caminaba demasiado rápido, aunque como tenía frío y sed corrí más hasta alcanzarlo y le dije—: Necesito un trago rápido si vamos a seguir así todo el día.

Y él se detuvo y asintió, cosa que no me esperaba. Esperaba que me mandara a paseo, pero se detuvo y asintió y miró hacia arriba y me agarró el cuello de la camisa y me lo levantó alrededor de la garganta. En un cartel ponía BURNT MILL POINT. Lo mucho que me acuerdo de eso, solo Dios lo sabe. Miré a Johnson a los ojos. Se quedó allí encarándome durante unas cuantas respiraciones. No salía nada de sus ojos parecido a lo que estaba acostumbrado a ver en cualquier hombre. Sentí algo de miedo.

—Tenemos que quitarte ese bigote —dijo Johnson.

Estábamos junto a los muelles para entonces y hacía mucho frío y mucho viento, doblamos una esquina hacia el interior y bajamos una avenida señalada como D donde las calles estaban llenas de gente y carruajes y niños. Seguimos adelante y les eché un vistazo a las caras: algunas aceitadas y de ojos descoloridos y agotados y jóvenes y otros apretados y secos y rojos de restregárselos por el viento y algunos con bufandas puestas y otros con mantas por encima de los hombros y otros sentados en las entradas de las casas y unos niños arrastrando un carro roto con dos perritos dentro y uno gritando «Allí no» y una fila de jovencitas con vestidos negros y verdes levantándose las faldas para cruzar la calle por encima de los charcos fangosos, llevando libros bajo el brazo, pequeñas manos enguantadas, y un hombretón sin abrigo tirando de un toro, otro hombretón junto a él con una poblada barba naranja andando hacia atrás, salpicando al atravesar los charcos y molestando a una pareja de viejos de pelo blanco que caminaba despacio, agarrada del brazo por encima de las piedras y que subieron a la acera y entraron en

un pequeño callejón. Había filas de casas alineadas y la mayoría estaban pegadas unas a otras y algunas casas tenían un número pintado en el cristal sin más y otras tenían carteles colgando de las ventanas que anunciaban comestibles o ferretería o sastrería o algo y cuando pasamos por delante de una puerta marrón de madera salieron dos muchachas con largos abrigos grises con capuchas, y una llevaba una hogaza de pan. Las dos miraron a Johnson de arriba abajo, luego se miraron la una a la otra, sonriendo con maldad, parecía. Johnson se quitó el sombrero y se dio la vuelta. Putas. Miré a través de la ventana dentro de la tiendecita: latas de colores vivos y frascos de mermelada, panes grandes y pequeños amontonados en estanterías altas y una lámpara encendida. Un viejo apoyado contra un mostrador alto pasaba las páginas de un periódico. Un niño pequeño nos daba la espalda, bailando al estilo de los negritos. Lo escuché repiquetear con los pies sobre los tablones del suelo y entonces Johnson dijo «Allí arriba» y subimos por el camino y doblamos unas cuantas esquinas hasta llegar a una calle llamada Clinton.

Un hombre vendía licores en la sala delantera de una casa. Entramos y de pronto se quedó todo en silencio: el ruido de las calles y la gente y los caballos y las campanas guardaron silencio detrás de la puerta cerrada y de la cercanía del alcohol. El alcohol, sobre todo, solo con estar allí, lo volvía todo silencioso.

—¿De qué clase es? —le preguntó Johnson al hombre.

Había botellas en la estantería. El hombre tenía la papada gruesa y los ojos como de insecto, de movimientos lentos.

—En los puestos de grog se vende grog —dijo él—. ¿Este es amigo tuyo? —dijo el hombre clavándome el pulgar. Johnson le dio el dinero e hizo una mueca graciosa para hacerme sonreír.

—¿Eres amigo mío, Nick? —dijo él.

La bebida era dulce como el brandy, pero me provocó un daño desagradable y amargo en la lengua. Me bebí una botella de un trago e hice que Johnson pagara unas cuantas más y abrí la siguiente y se la pasé a Johnson y él se tomó un trago e hizo una mueca de dolor y se rio y me la volvió a pasar y eso fue todo.

Seguimos caminando. El tiempo se había entibiado un

poco. Yo le prestaba menos atención a la gente. La calle se llamaba Rivington. Johnson aminoró la marcha. Giramos para entrar en un pequeño callejón y entramos en una barbería. El sitio olía a humo y a jabón para la ropa. Un hombre bajito me empujó hasta sentarme en un sillón de cuero. Tomé un trago.

Un chaval joven me afeitó la barba y me peinó el pelo. Tenía los dedos tan blandos que me pregunté cómo haría para evitar cortarse. Aprieto la mandíbula. Johnson se sentó y habló con hombres con trajes toscos.

—Venimos del norte, por negocios —le oí decir.

Entraron dos hombres hablando en otro idioma. Me recordó a una canción triste. El viejo que estaba a cargo gritó muy fuerte:

—¡Venga pa’ fuera!

Luego salió una señora gorda de la parte trasera tocando una corneta. El viejo la apartó hacia atrás. Olía a repollo cocinándose. Los dos hombres se habían ido. El niño me palmeó la cara con un ungüento que quemaba y me levantó con suavidad de la silla. Johnson quitó un sombrero del poste y una campana hizo un sonido metálico cuando salimos por la puerta. Ya tenía yo sombrero nuevo.

En todo ese tiempo, supe que podía cortar aquella relación e irme a donde quisiera. Tenía una pistola que valía un poco y mis propios pensamientos. Y, sin embargo, no corté aquella relación. Me imaginé que iba a pagar él. Me imaginé que debía de estar loco.

Entramos en una tienda de la esquina y nos sentamos y Johnson pidió café y platos de comida y un negrito nos los trajo y Johnson me miró mientras me echaba lo que quedaba de la botella en la taza después de haberme tomado todo el café y luego se limpió la boca y me dijo por qué habíamos venido.

—Vamos a ir a buscar a mi primo —dijo—. Aquí es donde viene la gente y aquí es donde está el dinero y aquí es donde quiero triunfar en la vida porque allí en el norte no hay nada más que viejas ataduras y estoy harto de las viejas ataduras. Y tú eres un buen chico y un borracho, pero haz lo que te digo y conmigo triunfarás en la vida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije, aunque no estaba demasiado convencido. Yo no quería triunfar en la vida. Quería

tumbarme con ella y estrangularla y matarla y salvarla y cuidarla y volver a matarla y quería irme y olvidarme de a dónde estaba yendo y quería cambiarme de nombre y olvidarme de mi cara y quería beber y echarme a perder la cabeza, pero desde luego no se me había ocurrido triunfar en la vida. No era nada que hubiese pretendido saber cómo hacer. Volvimos caminando a los muelles y a un astillero donde había mucho humo y mucho ruido y yo me quedé en una taberna con unas cuantas monedas que me puso Johnson en la mano mientras él salía, dijo, a buscar a su primo. Volvió pocas horas después. Para entonces yo estaba debajo de la mesa, con un hombrecito pequeño y bajito con la cara colorada y orejas de cerdo a mi lado que me preguntaba qué hacía yo para ganar dinero y yo le decía que cantaba.

—Toma una canción —me dijo Cerdo acercándose a mí, y Johnson lo mandó a paseo y me tiró del cuello de la camisa.

—Ven —dijo Johnson—. ¿Puedes caminar?

—A caballito —dije yo y me di la vuelta. Los tablones oscuros de madera del suelo se levantaron, sentí el sabor del serrín. Dormí. Aquel regusto amargo a brandy que tenía en la lengua me revivió un momento después. Levanté la vista para mirar a Johnson a los ojos. Esta vez le brillaban. Empecé a cantar una canción. Y Johnson se sentó allí sin más, con mi cabeza en su regazo, escuchando. No era lo que yo me esperaba. Después de una estrofa, me levanté y salí con él por la puerta hacia la calle Clinton, donde Johnson dijo que había una casa de huéspedes.

—Ahora vives ahí.

Me metió en una cama junto a camas llenas de hombres y hombres sentados entre las camas jugando a las cartas y fumando y pasándose botellas y a veces voceando muy fuerte y alguien chilló para decirles que cerrasen el pico y la noche se terminó aquietando y sentí el peso de Johnson en la cama conmigo, y era Nueva York.

Por la mañana, la ciudad de Nueva York volvía a estar allí, con las sirenas de niebla y el barullo de la calle y Johnson roncando, y me levanté a mear y vi una botella asomando de la cartera de un viejo, así que se la afané y me la bebí y puse la botella vacía donde estaba y fui a buscar el beque.

Siento que el barco empieza a reducir la velocidad. Debe de ser Lima.

Nueva York, Nueva York

—Levántate —dice Johnson.

—¿Cómo me has encontrado aquí?

Está a los pies de mi cama, con un gran sombrero elegante en la cabeza, el muy ridículo. No lo había visto nunca antes en Five Points, mucho menos en las últimas seis semanas.

—Pregunté dónde dormía el borracho apestoso que se dedica a cantar, ¿qué te pensabas?

—¿Qué pasa, eres el alcalde de Manhattan ahora?

—Vámonos. Este sitio está lleno de pulgas.

Y Johnson tiene razón. Este sitio, la Old Brewery, dividido en habitaciones pequeñas con suelos y paredes inclinados y llenos de bichos y mosquitos y ratas, te da comezón solo con mirarlo. Me entra sed. Llevo aquí un tiempo, me despierto por las tardes, le saco algo de dinero a algún idiota con las cartas en la planta de abajo, bebo, salgo, trazo un plan, me invento mi futuro mientras me quedo mirando a través de las verjas de hierro forjado de Gramercy Park, después me olvido de él, vuelvo a bajar a Five Points, le sableo comida a la familia Abbott de la habitación de al lado, le hago el caballito a un bebé sobre mis rodillas, bajo a la ostrería de Little Water, me despierto al día siguiente, lo hago todo otra vez.

—He leído lo que dicen de ti en los periódicos —dice Johnson mientras me ata los cordones de las botas.

Me alarga un periódico enrollado. Intento leerlo mientras bajo las escaleras tambaleándome.

Tenemos entendido que tuvo lugar un altercado en nuestras calles el sábado pasado entre un joven norteño desconocido y Silas B. Woolcutt del que el último caballero mencionado salió con un labio menos. Como consecuencia de esta calamidad nos tememos que de ahora en adelante no podrá andar tan de boquilla en nuestras calles como ha sido su costumbre. Y, aunque

el joven quizá haya adquirido una superabundancia de labio en la operación, indudablemente no puede justificarse que adopte este método para descamisar a un oponente o aplacar un paso en falso y quizá se vea desprovisto de su libertad de operar más allá de los muros de cierta espantosa casa de vecindad, donde se le requerirá algo más que jarabe de pico si no aplaca sus maneras.

—¿Te crees que me importa? —le pregunto.

Johnson ya me ha sacado por la puerta. Me empuja para meterme en una calesa. Sigo leyendo.

Un hombre negro fue dejado sin sentido y robado anteanoche en los alrededores de Five Points.

—Esto tampoco he sido yo —digo.

Celia Riddle, mujer amarilla, de la calle Bayard fue encontrada en Five Points, borracha y alterando el orden público y buscando pelea. Recluida.

Hannah Fowle, alias «Donnelly», de la calle Pearl número 313 fue detenida horriblemente borracha y juró que era su marido el que estaba borracho y no ella. Recluida.

Bernard Lawless, recién llegado de Nueva Orleans, fue detenido borracho en la ostrería de un hombre llamado Smith por intentar dejar allí a un niño, que había traído con él y a quien juraba no haber visto antes, aunque era su hijo. Le pusieron una multa de un dólar que pagó y fue puesto en libertad.

William Shilleto fue procesado por robar 7 cucharas Britannia y un pañuelo de seda de Ramsay Crook, en la calle Beekman, que fueron encontrados en su baúl. Juicio suspendido, bajo la condición de que se haga a la mar.

—Eres idiota —dice Johnson. Pasa la página y señala. La calesa traquetea a lo largo de la Segunda Avenida. No he mirado quién lleva las riendas del caballo.

Nick Bottom de Five Points, al creer que lo estaban persiguiendo por polizonte en la línea de White Plains después de haber subido en Bowery —algunos dicen que estaba huyendo de un joven miembro de los Roach Guards enfadado por alguna

deuda de juego— saltó cerca del río Harlem sin llegar al agua por apenas un poco pero sufriendo una rotura de cráneo que lo condujo al Dispensario Demilt en el centro de la ciudad el jueves pasado. Sin cargos.

—Te voy a llevar a casa —dice Johnson.

Me pongo de pie para agarrar al conductor por el hombro, pero Johnson tira de mí por el fondillo de los pantalones para que vuelva a sentarme.

—Toma —dice poniéndome una botella en la mano. Le quito el corcho y lo siento rebuscándome por el pelo.

—Eres hombre muerto —dice Johnson. Bebo—. Dame tu pistola.

—La he perdido —le respondo.

—La has vendido —dice.

—No —digo—. Les disparé a una muchacha y a su madre, luego la tiré al río Harlem.

—Un sueño. Te has dado un golpe en la cabeza, McGlue —dice Johnson.

Seguimos y atravesamos el parque y subimos cruzando Harlem, por delante de bonitas mansiones de ladrillo y a través de granjas y casas solariegas, y arriba y arriba, y me duermo y cuando me despierto por el dolor de cabeza, Johnson me da otra botella. Vuelvo a despertarme en Mamaroneck con la cabeza vendada con gasas, la antigua sirvienta mordisqueándose una uña, despreciando mi cara como si fuera una pila de platos sucios que tuviera que fregar.

—¿Qué? —farfullo.

Ella no dice nada y se va y coloca otro tronco en el fuego.

Lima

Hace demasiado tiempo que no veo a Johnson. Viene y va en mi pensamiento y todavía no ha venido aquí a la parte de abajo del barco, a mi trena, a calmarme los nervios, siento como que mis sesos calientes de serpiente reptan y echan humo, el vapor se filtra a través de la brecha que tengo en la cabeza. A él, a Johnson, le pediría que buscara a un médico que se hiciera cargo de mí, pues no se me ocurre otra manera de salir de aquí.

Sé que estoy enfermo. He estado así de enfermo antes, y con Johnson me recuperaba. Un lento suministro de whisky, pan de maíz y pastel de pescado, paseos rápidos a través de los árboles todos los mediodías al principio y luego aprender día tras día en un barco cómo aparejar las velas y todos los nudos y cargar cajones y aprender a ladrar por encima del viento, a sentarme y navegar los océanos tranquilos. Si tuviera licor que derramar, me lo vertería directamente dentro de la brecha, para calmar a las serpientes. Conseguir que se tranquilicen, que dejen de sisear. Si me echo al coleto lo bastante, se quedan quietas durante un rato y puedo capear el temporal de mi vida un momento, como he estado haciendo aquí y allá. Pero más difícil se hace cuanto más tiempo estoy aquí abajo, cuanto menos viene Marica con botellas. La cerveza no tiene gas y está floja. Un negrito me pasa rapé a hurtadillas, pero el rapé me mantiene despierto y en cuanto lo escupo en el cubo vuelvo a sentir sed. Saunders me contesta a una pregunta que no le he hecho.

—Lo envolvimos en arpillera y lo amarramos y estaba todo tieso y había dejado de sangrar y en cuanto estuvimos a unas cuantas millas de la costa de Zanzíbar lo largamos sin más. Pero no hubo ninguna canción ni nadie que le rindiera un homenaje verdadero aparte del capitán que dijo lo buen hombre que había sido —dice sin mirar en mi dirección—.

Así que rezamos una oración, cada uno en su cabeza, y tiramos una biblia tras él y se hundió, pero la biblia no —dice—. No te creas que no tenemos corazón.

—¿Cuándo va a venir Johnson? —le pregunto a Saunders.

Vuelve a cerrar la puerta. Espero. Un momento después el barco se queda inmóvil sobre el agua y escucho el sonido apagado y borroso de la orilla. Me imagino el aspecto que tiene: colinas moradas a lo lejos. Muchachas con vestidos rojos y blancos de tela gruesa, burros llevando alfombras, bodegas llenas de licor que te apuñala los intestinos. La cubierta fría y húmeda por la que brincaría y la áspera tierra negra de la que limpiaría los trocitos de basura antes de besarla. Me lamo los labios. El sabor cálido y amargo de la tierra firme. Me pongo de rodillas. Escupo en el cubo. Llamo a Marica. Hay un plato de patatas en la bandeja abatible. Decido ponerme de pie. Mis pies parecen monstruosos y grandes colgando de mis tobillos de niño, las dos pantorrillas suaves, bamboleándose como boyas a lo largo de la ropa interior de lana cagada. Vislumbro mi reflejo en el espejo con forma de escudo. Es el retrato de una ardilla hambrienta de larga barba.

Tierra del Fuego

Marica trae una recompensa grandiosa, noticias aplastantes de piratas, y se caga en John Bull. Está borracho y me da una jarra grande de la cosa esa. Se llama pisco, me dice. No tiene nada de malo.

—Está hecho con vino de uva, McGlug —dice. Trae puesta una especie de sonrisa lobuna cuando se apoya contra la bandeja abatible, meneando la cabeza. Trastabilla hacia atrás cuando el barco se balancea y se ríe. Le doy un largo trago a la jarra. Como escocés y rosas silvestres, como hombre y mujer también, la mezcla perfecta. Me lo bebo.

Marica quiere más. Da unos pasos adelante y saca la mano. Yo estoy con las piernas cruzadas en el catre con la jarra encajada en la entrepierna.

—Consíguete el tuyo —le digo.

Alarga la mano.

Pero lo empujo hacia atrás contra la pared. No lo he empujado fuerte. Después de golpearse la cabeza se queda allí como inmóvil, luego se resbala abajo hasta el suelo sin más. Maricón, pienso. Bebo.

Cuando se despierta es de noche y la jarra está vacía y yo estoy vomitando al lado del catre, sin preocuparme por el cubo, y Marica se tapa la nariz con las manos.

—Cerdo —me dice. Ahora lo veo gateando a la luz de la luna, entre las sombras. Es agradable. Como lo era Johnson a veces, cuando volvía en mí y él tenía algún comentario ingenioso que hacer.

—Imbécil —diría. Me tiraría un trapo al lado de la mano magullada y distraída descansando en el suelo. Yo limpiaría el vómito.

—Johnson —grazno—. ¿Cuánto más falta para que se termine todo esto?

—De ti depende, Nick. Llega al fondo del fondo o muere,

deja que termine la batalla y ríndete.

Carraspeo, me rindo.

—Buen chico —escucho.

Me quedo dormido.

Nos subimos en un tren desde Mamaroneck y paramos en New Haven y paso un día bebiendo, desmotando ginebra mientras Johnson va a hablar con un hombre sobre puestos de trabajo pero sin llegar a nada. Johnson nos encuentra donde dormir y me enseña el retrato que le han hecho. Un cuadrito marrón de sí mismo con ese sombrero estúpido y el pañuelo de raso. Pido uno para mí y parece seguirme la corriente. Odio cuando me trata como si fuera un niño. Al día siguiente me acompaña a un médico. Está cerca de la estación de tren, es un médico bajito con la cara gorda y una levita negra y un gran pájaro naranja y amarillo metido en una jaula.

—Es del Caribe —nos cuenta. Silba una nota y parpadea atemorizado detrás de sus anteojos. El pájaro despliega sus alas y las vuelve a recoger.

—Se ha caído de cabeza —dice Johnson—. Necesita una carta escrita a nombre de usted.

—¿Me ves con claridad, marinero? —pregunta el médico, agitando los brazos arriba y abajo.

Asiento.

Me sostiene la cara entre las manos y me mira profundamente a los ojos, luego me curiosea la brecha de la cabeza.

—Estás desanimado, al parecer. —Contengo la respiración —. Una o dos no pasa nada, pero si son demasiadas te entrará síndrome de abstinencia. ¿Lo sabes?

Asiento más.

Johnson se quita un guante y mete un dedo entre los alambres de cobre de la jaula del pájaro. El pájaro da pasitos hacia atrás por encima de una varita.

El médico vuelve la espalda y escribe.

Me abrocho el abrigo.

—Tal vez le convenga tomar unas cuantas de estas si se le hincha y le duele —dice el médico. Le alarga a Johnson un

frasco de pastillas y la carta.

Si tuviera aquel retrato de Johnson, le hablaría. Estaría con él. Estaría en él, clavándole el dedo en la cara inmóvil, tan seria, dándole codazos en las costillas. Diciendo: «No te quedes ahí parado, di algo». Y luego me sentiría como un idiota sabiendo que me había vuelto a engañar: haciéndose el muerto. Esperaría a que se riera y lo dijese: «Te pillé».

Salem

Mi madre no está demasiado contenta de verme.

Se acerca a la puerta con una vela encendida y un cuchillo.

—¿Quién es? —dice. Su voz suena malhumorada y grave.

—Soy yo —digo.

—Mierda puta.

La puerta se abre de golpe, una rendija. Se le ha encanecido el pelo y lo tiene metido dentro del cuello del vestido. Lleva su gran melena como si fuera un sombrero. Quiero reírme y entrar en la casa, pero ella no se mueve. Escucho su respiración y es sibilante y mala. No he pensado en mi madre ni dos veces desde que me fui, pero aquí está ella y he vuelto.

—Aquí no te puedes quedar —dice—. Estás muerto y enterrado.

—¿Dónde debería ir, entonces? —quiero saber.

Johnson está a mi lado y mi madre lo ve en ese momento y agarra la puerta y apaga la vela. Paro la puerta con el pie y vuelvo a preguntar.

—¿Dónde?

—Dwelly ha pasado por aquí buscándote —dice mi madre —. Ve a preguntarle a él.

Aparto el pie.

—Dame ese cuchillo —le digo.

La oigo retroceder.

Empujo la puerta para abrirla más y mantengo el pie en ella y le quito el cuchillo de la mano y siento su muñeca, seca y afilada y como hecha de papeles arrugados.

Cuando estamos otra vez en el camino, me meto el cuchillo en la bota y bajamos hacia donde sé que Dwelly pasará gran parte de la noche: el Salón del Ron, en la parte de atrás, lo más probable, dormido y feliz.

Pasamos por delante de un gran árbol que cruje y se mece y Johnson dice que le gustaría descansar y donde estamos es la

calle Howard y le digo que sería mejor que siguiéramos hacia los muelles, donde están las tabernas. Pero Johnson quiere llenar la pipa. Apoya la espalda contra el árbol. La luz de la luna tiembla a través de las hojas como el débil rayo de un relámpago. No está bien. Quiero decirle que no se apoye contra el árbol y que siga avanzando.

—De ese árbol colgaron a una señora por matar a su propia hija.

A él le da igual.

—Le rompió el cuello a su propia hija. Se lo retorció como si fuera una gallina. Luego fue por ahí contándoles a todos los vecinos lo que había hecho. Tan orgullosa. Vamos.

—Qué. ¿Tú siendo de Salem todavía crees en las brujas?

—No —digo—. Pero hay fantasmas y tengo sed. Y mi hermano está enterrado en lo alto del camino.

Johnson enciende una cerilla que chisporrotea y se apaga antes de alcanzar la cazoleta de su pipa.

—Mierda. —Vuelve a encender otra. Empiezo a hastiarme. Ahora tengo la cabeza despejada, el cielo nocturno reluce como cristal mojado y roto.

—El nombre de la hija era Difficult. ¿Te parece un nombre bonito para una niña?

—Me da igual cómo se llamara, mientras se calentara.

—Supongo que no te importa demasiado —digo.

—Supongo que a ti sí —dice Johnson.

Parece enfadado. Me pregunto si ahora se largará sin más.

Desde que nos separamos en Nueva York y desde que me volvió a encontrar y se hizo cargo de mí, no ha dicho mucho sobre dónde ha estado o lo que ha hecho.

—Que le jodan al mundo y sigue para delante, Nick —dice.

Le pido que repita lo que ha dicho.

—He dicho que le jodan al mundo.

Suena bien saliendo de su boca. La palabra «mundo» gira de repente, como si fuera algo lleno de rabia. Como algo que podría tragarme y eructar y saborear y meterme entero dentro y empacharme y pienso, sí, que le jodan. De repente me duele la cabeza. Le pido a Johnson una pastilla y él se vuelca el frasco en la palma de la mano y coge una entre los dedos y dice «Abre» y saco la lengua y él me coloca encima la pastilla; la lengua temblorosa, humeante, ahí, dame de comer,

y está amargo y mi lengua rehúye y se escabulle y se repliega y algo se calma en mí y es algo que no ubico y no me importa y está bien.

Desandamos el camino hasta la casa de mi madre y vuelvo a llamar. Esta vez cuando acude a la puerta tengo el cuchillo preparado y lo sostengo frente a ella y le digo que se meta dentro y que nos prepare dos platos de comida y sirva el whisky y avive el fuego, porque tenemos frío y tenemos hambre y necesitamos beber algo.

Mi madre resopla y vuelve y chasquea la lengua, pero hace lo que le digo. Me río. Me siento dentro. Johnson, masticando y bostezando, apenas aparta los ojos del fuego. Mi hermana la pequeña asoma la cabeza a través de la puerta desde su cama. Me pongo bizco.

—Chiquillo despreciable —me dice—. Qué rara se te ve la cabeza.

Levanto el cuchillo y lo doblo en el aire y dejo que la luz del fuego se refleje en la hoja para asustarla y la veo que entrecierra los ojos y posa la botella sobre la mesa y sale despacio de la habitación. Bebo.

—Mañana —le digo a Johnson— veremos lo de conseguir trabajo.

—Mmm —dice Johnson con un tono profundo y resonante y se limpia la grasa de la boca dándose toquecitos con el borde del mantel de mi madre, con la cara toda asolada y rosa y brillante por las llamas.

San Juan

Hay mucho griterío en la cubierta, por lo que oigo. Las voces de los hombres pronuncian las instrucciones como si fueran los balidos llorones de un rebaño de cabras degolladas. A nadie le podría dar más igual que me una al cántico desde aquí abajo, así que canto. Canto la primera parte dos veces, lento y lleno de sentimiento, y luego lo demás muy deprisa y sencillo como una simple melodía de baile. Escuchad. Decidme si mi voz es clara:

Montado en un lechoso corcel
La gran cosa me creía
Ancha la espada, la pistola lista,
«La bolsa o la vida», siempre decía

A un caballero primero me encontré
Hasta él cabalgué, la mano le estreché
A pesar de lo que él sabía hacer
Su tiempo me quedé y también lo maté.

Salem

Cuando llegué a ser lo bastante alto para entrar en las tabernas sin que los padres de mis amigos se dieran la vuelta y resoplaran y agitaran hacia mí las manos gruesas, rojas y quemadas por las sogas, señalándome la puerta, me aficioné a un lugar llamado Lady Lane's en el que tenían una especie de bourbon llamado «perro muerto» y la tabernera era una muchacha llamada Mae que me dejaba observarla mientras se desnudaba en su cuartito de la parte de atrás de la taberna, donde también estaba a cargo de hacer las camas y las cosas y tenía escondida una botella y me la daba mientras me quedaba allí sentado y algunas veces cantaba una canción y me dormía en su cama pero apenas la tocaba. Una noche de verano, después de que ella terminara de trabajar, subimos a su cuarto y se desabrochó el vestido, hizo que se lo bajara deslizándoselo por los brazos y sus brazos eran muy suaves y cálidos y creí que me iban a entrar náuseas por cómo cedía su carne al más leve toque de mis dedos y por cómo se enrollaba la fina tela de su vestido y ceñía su piel, y eso para empezar no eran más que sus brazos, no me podía imaginar lo que me iba a provocar el resto, era horrible y aquel olor que le surgía del pecho como leche agria y casi como el hedor nauseabundo de los muelles y me dio una arcada y ella estaba como temblando y respirando hacia mí como un niño gordo y estúpido después de correr y me miró y me preguntó con una voz suave y de malvasía si estaba bien y sus ojos se veían tan grandes y húmedos, aunque yo sabía que lo que quería preguntarme era que si era una especie de perrito asustado y si era un bebé que no había estado nunca antes con los brazos de una mujer y todo eso, así que la empujé y el pelo como que le voló alrededor de la cara como si estuviera debajo del agua y cayó de rodillas y sonrió y entrecerró los ojos y me dio la espalda y empezó como a gatear hacia la cama. No estuvo

bien.

Así que la agarré del brazo sin más y la até a la barandilla de madera de su balcón y me llevé sus llaves y volví a bajar a la taberna vacía y bebí más perro hasta que salió el sol y entonces volví a mi casa y me olvidé de la chica.

En Lady Lane’s, a la noche siguiente, el encargado, que era un hombretón, estaba allí con la cara roja y susurrándole con fuerza e intensidad a la muchacha, cosa que no era insólita, y la chica se dirigió hacia mí y me dijo apretando los dientes: «Me alegro por ti, zángano maricón», y yo aparté a un lado mi jarra y golpeé la mesa como hacen los hombres para decir que quieren más de beber. De eso me acuerdo.

Cuando llegamos al embarcadero del litoral, en el Puerto de Salem, me dicen que me vista y recoja mis cosas. Entonces entra Saunders y me alarga una botella y me estrecha la mano y sale y deja la puerta abierta y Marica está allí en el umbral esperando. Aparto las mantas y le echo un vistazo a mis piernas de mar. Apenas he salido de esta cama en meses. Me pongo de pie despacio con la botella pesándome a un lado y voy dando tumbos hasta donde Saunders ha puesto una pila de ropa y un par de zapatos en lo alto y me tomo un trago y me visto con una mano y sostengo la botella con la otra. Mis viejas ropas me están todas demasiado grandes. Sin un cinturón, me tengo que sujetar los pantalones con la mano libre. Marica me observa con la cabeza gacha, se toca los labios con el pulgar con impaciencia, parece desolado.

Mi madre está apartada, junto a los muelles con mi hermana pequeña, un hombre la tiene agarrada del brazo a su lado. Apenas siento que mis pies tocan el suelo cuando lo hacen. La mayoría de los hombres están ocupados desaparejando y descargando y entiendo que tengo que irme con el alguacil y sus hombres con sus insignias de latón relucientes que ahora brillan bajo el cielo nublado, los árboles, las alturas de las cosas y la quietud y la forma en que avanzo hacia el mundo, el cutis de la cara de mi madre tan pálido que es casi morado, los pelos de la barbilla del hombre temblando con delicadeza. Miro a mi alrededor buscando a Johnson. Me llevan a un carro con barrotes en las ventanas y

me meto dentro y Marica ya se ha ido. Abro la boca para hablar y me duelen los oídos y vuelvo a poder oír. Parece el sonido del el viento. El policía cierra la puerta y no dice nada. Tengo sed, me gustaría que lo supiera. El aire me da dolor de cabeza. Hay silencio. El suelo se mueve por fin y me siento en el carro oscurecido lleno de astillas. Mis huesos dan sacudidas. Johnson lee el *Daily Atlas*:

El capitán Isaac Hedge, de sobra conocido en New Bedford y Salem como capitán de estos puertos y anteriormente de Barnstable, se suicidó en el pasaje de San Francisco a Panamá, primero cortándose el cuello y luego saltando por la borda.

—No lo conocía —digo.

Perros locos han estado aterrorizando New Bedford.

Lo oigo pasar la página.

Hubo un tiempo en que sabía que había un dios escuchando mis pensamientos y tenía cuidado con lo que me permitía decir y hubo un tiempo en que la vergüenza de lo que había oído ahí arriba me hacía golpearme la cabeza contra la pared y después crecí lo bastante como para entrar en Lady Lane’s y atiborrarme los oídos con licor. Ahí debe de ser donde nos están llevando, a Lady Lane’s. Después de tanto tiempo en el mar. Que Dios los bendiga, bache, bache. Dejemos que el pasado descanse en paz, eh, Johnson. Perdón, perdón. Deja que te invite a una botella. Piensa en lo lejos que hemos llegado.

Calle Howard

Estoy en la calle Howard, deduzco. Tengo una ventana. Ahora estoy encerrado. Con un traje a rayas y todo lo demás. Recluso. En apuros. En problemas. He llegado.

No he bebido nada desde esta mañana. Se llevaron mis cosas y me obligaron a bañarme, midieron, escribieron mi nombre en un libro. El traje que me han dado para que me lo ponga es de segunda mano, muy gastado y remendado, blanquinegro y agrisado y con una mugre que se siente como un lamento. Aunque yo no lamento nada. Mejor aquí que abajo en esa bodega, gracias a dios. Esto es como un pijama de verdad. Hecho de algodón suave. No me voy a quejar. Aunque me pregunto cuándo vendrá mi madre con un paquete, si me van a pedir una lista de lo que necesitaré para pasar la noche. Más les vale. Es mi regreso al hogar.

El guardia que hay al otro lado de los barrotes de hierro es un tipo descomunal, joven de cara, aunque sin pelo. Parece como el hermano mayor de Dwelly Pepper, pero no se lo menciono, pues sé que no es él. Me cuenta algo con ese habla enmarañada al estilo de los irlandeses. Apuesto a que bebe. Parlotea un poco sin darse una vuelta para mirarme y no lo entiendo, aunque siento como que nos conocemos. Se sienta en un taburete de madera con patas de palo y se levanta cuando pasa alguien, levanta una nalga para tirarse un pedo de vez en cuando. Es buen tipo. Lo observo meterse el dedo en la nariz y rascarse la cabeza. Me rasco la cabeza. Intento revolverme algo ahí arriba con el dorso de la mano, dándome golpes en la brecha, probando distintos ángulos. Hay un sitio en mi cerebro atrapado en caída libre, de cuando me caí del tren, pero no lo puedo alcanzar. Persisto, sin embargo. Me parece que si sobrepaso cierto punto del cráneo podré apretar sobre el sitio que estaba tan bien. Siento estar progresando cuando un punto tierno se ablanda bajo la presión de mi

pulgar, como una rotura del cartílago. Entonces me dejan de funcionar los oídos, lo que es un avance, me parece, para empezar. Pero lo único que no puedo oír es lo que está fuera de mí. Todo lo de dentro está perfectamente claro: todos los horrorosos nervios y la sangre, los vasos deslizantes fruncidos y vacíos y la respiración derrochada para nada y los huesos chirriando sin más, locos, balanceándose como una cuerda tensa y anudada, como mis hombros, mi mandíbula, todos sostenidos tan apretados en su sitio que están a punto de quebrarse. Me suenan las tripas. Observo al guardia. Parece no importarle que me esté dando estos manotazos así. Parece relajado, como que dudo que haya algo que yo pudiera hacer que fuera a desconcertarlo. Me pregunto qué cosas habrá visto en su vida. Me aprieto la garganta con las manos y me estrangulo durante un minuto, entonces me canso, me hago el muerto. Él se muerde las uñas sin más, completamente en cuclillas sobre sí mismo, los codos sobre las rodillas, escupiendo con habilidad en el suelo.

Qué bien sentirse cansado y tumbarse sin más y mirar a tu alrededor.

Tengo un cacharro en el que cagar y mear otra vez. Hay una jarra de agua y una taza de lata sobre una mesita y el suelo está quieto. Podría ser feliz aquí, me parece, siempre que haya un suministro constante. Pero me preocupo. ¿Dónde está esto?

Entonces como un ruido fuerte de repente y vuelvo a estar mal otra vez. Nada nunca me había parecido tan imposible como tener que pasar el día de esta manera, entre paredes como estas de aquí. Estar en cualquier parte menos aquí o qué no daría por un solo trago o por tener a alguien aquí conmigo como mínimo, lo que fuera menos tener que estar aquí, sentado, tumbado conmigo mismo de esta manera. Sin ir a ninguna parte. Las paredes están hechas de bloques de corte plano de piedra gris granulada.

Cierro los ojos, pero como el sol llega a raudales con tanta fuerza a través de la ventana necesito entrecerrar los ojos y taparme la cabeza con las manos para hacer que desaparezca y lo consigo de manera que vuelvo a estar en el barco y Johnson y yo estamos arriando cabos codo con codo, afirmando los obenques, luego atando más cuerda en los

flechastes y el barco nos mece y siento que las tripas se me bambolean y se levantan y sudo y oigo a los marineros gritar y levanto una mano para que el sol no me dé en los ojos y estoy ciego y otros suben corriendo y armando estruendo y oigo la voz de Johnson lejos ahora y me llega el olor de otro hombre sin bañar flotando en el aire salado, el viento para durante un momento mientras gira el barco, un punto frío y desnudo de mi piel —justo el dorso de mi mano— arañado por la cáscara de pelo erizado de su brazo, siento el calor de ese cuerpo, dejo que me entibie. Como el whisky al corazón me hace saber quién soy y adónde voy y la respuesta es que no importa en absoluto, no es nada, es aire vacío y perfecto y el viento se levanta y allá vamos, deprisa, el sol detrás de nosotros, por todas partes. Bajo las manos y los marineros se ponen de pie y respiran. Durante un momento estoy en paz. Que le jodan a Johnson, a la mierda, no me importa. El suelo sigue quieto. Así que abro los ojos. Estoy en la cárcel.

Me deslizan una bandeja con pan y habichuelas a través de un hueco de la puerta con barrotes. Al cruzar el suelo descalzo veo que el guardia tiene un periódico en el regazo. Levanta la cabeza para mirarme y luego la vuelve a bajar. La comida no tiene tan mal aspecto. Sostengo el pan con la mano y aprieto. Huele mucho a levadura, las habichuelas a tocino. Llamo al guardia.

—¿Qué hay de nuevo?

No me oye. Me pongo de pie. No me siento tan despejado, me siento cansado. El suelo y el techo cambian de sitio y la tierra se estremece. Un momento después, el guardia se me acerca a la cara con el puño por delante:

—¡Cierra la boca! —me grita al oído. Dejo de gritar. He estado gritando.

—Ah —digo—. Ah, vale —le digo al guardia—. Gracias.

Con ese puñetazo me han arreglado. El guardia me levanta y me arrastra hasta la cama. La paja del colchón sobresale y me irrita, me pincha y se me clava toda. Trago un poco de sangre, un diente. Me sienta bien. Los oídos me pitan intensamente con una canción como de que te encarcelen. El día parece haberse terminado. Estoy contento. Quiero saber

su nombre, el de ese tipo, mi guardia. Intento hablar, pero la boca solo me gorgotea. Me río por la nariz. Lo oigo resoplar y después pisadas.

Por fuera de la ventana cae la nieve y es bonito. Si tuerzo el cuello completamente, puedo ver las puntas de las ramas desnudas de los árboles que bordean el patio donde solía jugar a la pelota, el cielo violeta. Me hace acordarme de cuando no quedaba licor en casa y el papá de Dwelly y el papá de Rich lo tenían guardado en su casa y mi mamá llevaba el monedero encima y estaba por ahí fuera en alguna parte, tenía una buena lista de otras cosas que me funcionaban. Como agacharme hacia delante y meter la cabeza en la funda de una almohada. O colgarme de los pies de las vigas y hacer que hermanita pequeña me apretara la garganta con la vieja correa de cuero para los caballos. Golpearme la cabeza contra el suelo. Un trago de sangre es un buen sustituto. Era la de Johnson la que sabía a ron. La mía sabe más a vino agriado. Escucho el pitido de mis oídos y miro la nieve.

Donde debería haber sueño aquella noche sencillamente no hay sueño.

El guardia ahora es un gordo de barba gris y ha cambiado de sitio su taburete al final del pasillo. Veo la llamita de una vela en un alféizar por aquel lado, su luz retorcida en el cristal.

Las sombras se mueven raras y suaves con la luz lenta, la nieve vacilante refleja el viento en senderos de luces y oscuridades a lo largo de las paredes, el cielo iluminado, el crecimiento trepador de la escarcha sobre la ventana.

Pienso en tirar la taza contra los barrotes y exigir una manta. Pero tengo demasiado frío para moverme. De todas formas me parece que no debería tener que pedirla. Mi aliento es humo en el aire y solo es visible en la luz tenue aquí en mi celda. Sí que echo de menos mi viejo catre. A Marica. Aquí lo único que tengo es mi jarra vacía sumergida en un cubo de agua arrastrado por el pasillo por un hombre con el pelo rojo. Eso y que el agua sabe a huevo podrido. Todo este escándalo por un marinero enfermo. A lo mejor se

piensan que si me ponen en cuarentena a mí y a lo que sea que es mi enfermedad entonces no le haré daño a la gente de aquí. He oído que lo han hecho otras veces, cuando los hombres vuelven a casa con disentería o algún caso de viruela o cosas por el estilo, que los dejan en confinamientos como este. Bastante castigo me parece estar así de enfermo. Este sitio no está bien, no.

Me envuelvo en la única sábana, me cubro los pies con la parte de abajo de los pantalones, tiemblo con fuerza, la cabeza se me tambalea en el cuello como las muñecas que vimos en los puestos del mercado en China. Y por algún motivo sudo. Y las gotas de sudor de mi frente temblorosa caen y se congelan y se acumulan en los pliegues de mi ropa, helada, y parecería lo correcto que alguien nos diera una bebida para irnos a la cama justo ahora, ya que soy un huésped a su cuidado, o qué, así que me siento aquí, jadeando y exhalando humo y helándome, esperando a un celador o enfermera o negrito con una botella sobre una bandeja. Extenderé el brazo con mi taza. Deberían venir pronto, ya que las luces están apagadas. Tengo en la boca el sabor seco y metálico de la tierra. Tengo los labios llenos de bultos y siguen sabiendo a aire salado, a mar. Me parece oír pasos y tomo aire profundamente y aguanto la respiración y escucho. Pero está todo en silencio y nadie viene. Cuando dejo salir el aire el humo adopta una forma. Parece un hombre sentado a un lado a los pies de la cama.

Tengo demasiado frío para hablarle y apenas levanto la cabeza, como para no perturbar la burbuja de calor generada por la sábana a mi alrededor. Pero mantengo los ojos fijos en el hombre de humo. Está bebiendo de una botella. Se quita el sombrero y se lo coloca en la rodilla. Parece como si estuviera esperando algo. Tiene la postura de un borracho feliz. Mi misma edad.

Carraspeo para ver si se gira hacia mí.

Se toma otro trago sin más y se queda mirando el suelo, luego estira mucho el cuello como con la mirada perdida a lo lejos. Pero entonces dice:

—Tu compadre llegará, Mick.

Es la voz de Dwelly Pepper.

—Deberías poner las cosas en orden —dice mientras se

toquetea el sombrero—. La gente dice que tuvisteis una especie de pelea por ahí y que por algún motivo tú saliste mejor parado. No sé cómo lo hiciste pero deberías arreglar las cosas, me parece.

—¿Qué has oído, Dwelly? —quiero saber.

—He oído que hubo una pelea entre vosotros dos. Él y tú. En la última etapa o no sé qué y no le dijisteis a nadie por qué era. Y antes de eso habías pedido que te licenciaran en alguna parte. ¿A qué venía eso?

—En China.

—¿Para qué?

—El capitán debería haberme dejado que me quedara. Solo le pedí el dinero que me debía. Había un pueblo costero allí en el sur, como apartado de las cosas. Podría haberme quedado y ya está. Me pareció buena idea.

—Me parece la peor idea que he oído jamás.

—Tú no lo entenderías, Dwelly.

—Se te oye muy abatido, McGlue. Qué te pasa.

—Estoy enfermo, me parece.

—Pero se te oye peor que enfermo —dice Dwelly, inclinándose para acercarse más.

Bajo la vista a mi regazo, inspiro el aire más cálido atrapado allí debajo de la sábana. Me parece que Dwelly se irá si me quedo así.

—Cuéntame —dice Dwelly.

—Preferiría no hacerlo.

—Bueno, de acuerdo.

—Dame esa botella, Dwelly.

—Quita. Sabes que no lo haré.

—¿Va a venir Johnson o no?

—No te pongas a hacer pucheros ahora. Vendrá.

Saco la cabeza y le soplo un poco más de humo a Dwelly.

—Dwelly —le digo—. Me duele la cabeza.

—No lo dudo —dice Dwelly y levanta la botella y me golpetea el cráneo con ella, justo donde tengo la brecha—. ¿Y ahora qué, Mick?

—Mejor.

Una sombra se acerca sin hacer ruido por el suelo.

—Di algo —dice Dwelly, señalándola.

—¿Johnson?

Es él.
Ojalá se fuera Dwelly.
Johnson está ahí de pie sin más, esperando, gris y quieto junto a la cama, retorcido en la pared. No dice nada. Intento hacer un gesto con los ojos para hacerle saber que quiero hablar, aunque no delante de Dwelly.
—¿A qué estás esperando? —dice Dwelly—. Dile que lo sientes y todo eso.
Pongo los ojos en blanco.
—Dame lo que queda en esa botella, Dwelly —digo.
Me vuelve a golpear la cabeza.
Johnson se queda ahí sin más. Como si estuviera diciendo «Estoy aquí». Como si estuviera diciendo «Ya soy todo tuyo» o algo.
Mi aliento es blanco y Dwelly.
—Hará más calor durante el día. Entonces hablaremos, solos —digo.
—Sois todos unos perros —dice Dwelly—. Siempre marcando distancias, dios.
Tiene algo de sentido, aunque sé que estoy soñando.
Me tumbo sin más, con el frío que hace, hasta que Dwelly desaparece. Termino por quedarme dormido.

Mandan al médico a verme. Es por la mañana. Sigo temblando.
Le alarga su abrigo y su sombrero al guardia diurno y se frota las manos una contra otra. Los destellos de su chaleco de raso me hacen daño en los ojos.
—Estate callado —me dice, antes de que abra la boca. Me mira los ojos y me olisquea el aliento, no hace ningún gesto. Tiene la piel gruesa, bronceada y aceitosa, parches de barba, como sarnosa, a los lados de la cara.
—¿Cuánto tiempo falta? —intento preguntarle.
—Silencio —dice. Su voz no es antipática. Lo miro un poco más. Me está mirando, me toquetea la mandíbula, el pelo, los tobillos, me levanta las rodillas, luego me las endereza y me pone bocabajo, me levanta la camisa. Hace demasiado frío para quedarse quieto, así que me agito y me retuerzo y tartamudeo. Me clava un dedo en algunos puntos de la

espalda.

—¿Duele? —me pregunta.

Duele, pero meneo la cabeza diciendo que no.

—Algo de beber me aliviaría la cabeza, eso sí —consigo decir. Él lo ignora.

Viene otro hombre con una hoja de papel. El médico se levanta a decirle algo. Aparece un frasco de pastillas. Suspiro.

—Son vitaminas —dice el médico, con el pelo cayéndole sobre la frente cuando se agacha sobre mí para mirarme a los ojos—. Te las tomarás todos los días con las comidas. Y nada de licor. No tardarás en morirte si lo tomas, no hay ninguna duda. Y no se te curará la cabeza mientras sigas dándote golpes contra el suelo. Pues ya estaría.

Me da palmaditas en el hombro con solo las puntas de los dedos y se va. El policía que me sacó del barco ayer se reúne con él en el pasillo y le choca la mano.

—Tienes esto amoratado —dice el guardia, señalándose la parte baja de la espalda, señalando luego la mía. Su cara parece la de un niño que ha visto algo que no puede creerse. Se va y le da al médico su abrigo y su sombrero y vuelve a cerrar los barrotes.

Yo diría que mi celda medía anoche dos metros de ancho, tres de largo y tres de alto y esta mañana mide uno y medio de ancho, dos y medio de largo y dos de alto.

Por la tarde. He estado de pie delante de la ventana, frotándome la nariz a lo largo de una franja de la manga, preguntándome si alguien desde el camino levantaría la vista para verme si empezara a gritar y a dar porrazos en el cristal y, en caso de que lo hiciera, si señalaría y saludaría o qué haría, me pregunto. Me han traído la comida esta mañana y me la he comido toda. Todavía no he metido ninguna caca en el cubo. Me he tomado dos pastillas que me ha dado con agua un guardia pálido con nariz de cerdo. El sabor amargo no me ha hecho nada. Me he vuelto a recostar con la barriga llena y podría haberme muerto. A lo mejor esto es la tristeza. A esto es a lo que se referían.

Hay un viejo fuera de los barrotes. Está entrecerrando los ojos y examinándome, asintiendo constantemente.

—Más pequeño de lo que me esperaba —dice.

Se aparta hacia atrás y se acerca al guardia, que se levanta para dejarlo entrar en mi celda. Yo me quedo ahí de pie sin más.

—Me ha contratado tu madre. Me ha elegido para que te represente. Como abogado. No puedo decirte que tuviera demasiadas opciones en ese asunto pues quizá sea el único litigante de la región sin ninguna lealtad hacia esa familia de los Johnson, siendo el padre William Johnson quien como supongo que sabes tenía bastantes intereses en esta ciudad desde la Naumkeag Steam junto con otros mandamases —que no son vecinos míos, que conste— y por eso tiene bajo presión a bastante de la gente corriente de por aquí —vecinos míos, vecinos tuyos o vecinos de tu madre más bien— o al menos a los que necesitan trabajo y los tendrá ahora que la mitad del estado se ha marchado en pos del sueño del oro y de la luz del sol, menudos idiotas. Le dije a mi sobrino que la cura para la infelicidad no es salir corriendo tras alguna estúpida fantasía pero ya conoces a estos jóvenes, se les mete algo en la cabeza y no se les puede sacar hasta que casi los haya matado y hasta yo me acuerdo de eso y de cómo no permitía que me desanimara ningún viejo y creía que tener veinticinco años ya era ser viejo, ya sabes, me acuerdo de admirar a mi primo Roddy, ja, esa mula, y pensar: «Algún día tendré dinero para comprarme un sombrero como ese», creyendo que era tan imponente que podía hacer cualquier cosa que deseara. Pero estamos limitados, a que sí. Todos tenemos alguna limitación. Y nos chocamos contra ellas y duele, claro, pero es la única manera de averiguar cuáles son. Mmm. He oído que te has hecho daño ahí arriba —dice señalándome la cabeza. Hasta ese momento ha estado revolviendo papeles de su desgastada cartera de cuero y ha sacado una pluma y tinta y luego se ha quitado el abrigo y se lo ha vuelto a poner y se ha organizado a los pies de la cama. Aunque ahora se para y se levanta y viene hacia mí, con los ojos puestos en mi coronilla y como que olfatea, me sopla el pelo con los labios colocados como para silbar.

—Tiene mal aspecto. Tiene muy mal aspecto. —Asiente

unas cuantas veces más—. Bueno, si podemos echarle la culpa de todo esto al cerebro muerto y conseguir que el médico ese atestigüe las locuras que has estado tramando ahí arriba, estaría bien, muy bien. Los jurados se dejan convencer bien por un hombre enfermo, la lástima viene bien. Y de las palabras de los médicos apenas se entiende el meollo, así que les aseguraremos que es algo muy complicado. Si todo falla, y espero que no tengamos que traer eso a colación, y a mí me puedes hablar lisa y llanamente, marinero, llevo vivo el tiempo suficiente como para saber que de todo tiene que haber en esta vida, aludiremos por encima a lo que había entre Johnson y tú, solo a lo que había de verdad, sin evocar ningún detalle (y no hace falta que seas tan franco conmigo, por supuesto), como para no recabar cargos adicionales, ya que eso no estaría bien. Y ten clara una cosa sobre mí: yo no juzgo. Todos somos hijos de dios, a que sí, etcétera.

Espera a que mi mirada se encuentre con la suya.

—¿Qué? —digo.

—Sí, sí, muy bien. Un apretón de manos. —Se queda de pie delante de mí y alarga la mano. Yo descruzo los brazos. Mi mano tiembla sola. La agarra.

—Soy Foster. Cy.

—Sí.

—Eso es.

Pienso en pedirle que me traiga una botella. Parece un poco viejo y pícaro y como que a lo mejor no es lo bastante listo como para saber cuándo le están mangoneando. Me pregunto qué clase de compensación estará sacando de mi madre. Se da la vuelta y se va al rincón de la celda donde está la mesita y levanta la jarra del agua y la taza y las vuelve a poner con cuidado en el suelo. Arrastra la mesa hacia la cama y se sienta en ella.

—Venga, vamos a empezar —dice, y da palmaditas sobre un sitio de la cama a su lado. Me acerco y me siento. Pienso en dónde dejar descansando las manos. Se saca los anteojos del bolsillo del pecho y empieza a hacer una pila de papeles y vuelve a hablar.

—Sabes leer, ¿no?

—Sí, sé leer.

Señala el retrato de un loco sin camisa y barbudo sobre un

embarcadero de madera con los árboles de la jungla y monos detrás de él. El loco sostiene un machete ancho con postura simiesca: las piernas flexionadas y abiertas, la cabeza hundida hacia delante. Hay otro hombre dibujado tumbado bocarriba sobre el embarcadero, vestido con un traje de rayas y un sombrero de copa. De su cuerpo salen trazos como de calor o de grandeza. Un hombre negro de una tribu sostiene una vara alta con una hoja en la punta y se tapa con un cartel que dice: NO ESTÁ A LA VENTA.

—No lo entiendo —le digo al abogado. A Foster.

—Republicanos. No importa. Pero te habrás dado cuenta ya de que todo el mundo cree que estás loco.

—¿Este soy yo? —El simio barbudo sin camisa.

—Lo que les gusta pensar que eres, sí, un animal sin modales y que apesta. Pero yo no veo eso. Casi no llegas a paloma. No tienes mucha carne. Deberías comer más.

—Lo haré.

—¿Te dan de comer?

—Solamente comida.

Nos quedamos callados.

—Necesito tu firma en unos cuantos de estos.

Me alarga la pluma y señala. Hago un charco con mi nombre en uno y araño algo en el otro. Foster me sostiene la muñeca para el tercero.

—Necesito saber qué paso, con franqueza.

Me está mirando como si se lo fuera a contar. Tiene la pluma entre los dedos, está un poco boquiabierto, me escucha respirar. No tengo intención de hablar hasta que se me aclare la cabeza. No tengo nada que decir. Miro al viejo y agrando los ojos, o algo así. Quiero decirle que me deje pudrirme y morir, que solo me traiga whisky, vino, lo que sea. Él interpreta mi expresión como que estoy pidiendo que me reconforten. O algo.

—La cosa mejorará —dice—. Mantén la mente activa. El tiempo pasa más rápido cuando se está ocupado. Es probable que este encarcelamiento te salve la vida. Yo me lo tomaría muy en serio si fuera tú. No más veneno, y tienes que ser sincero conmigo para que pueda defenderte. Decídete ya, muchacho. Si voy a trabajar para sacarte solo para que te mueras, no me hagas perder el tiempo, eso es todo. A lo

mejor te provocaron. Necesito saberlo. Volveré dentro de unos días. —Y recoge sus papeles y se va.

Pero deja el periódico, con fecha de ayer.

Me siento en la mesa y observo el suelo a ver si aparece Johnson. Hace más calor, pero me siguen temblando la cabeza y las manos. La portada del periódico tiene una columna que se llama «Almanaque de la Oficina Contable de 1851» y que no es más que un calendario del año, con cada mes y todos los días numerados, desde ayer hasta el final. Es como si ese fuera todo el tiempo que me queda.

Cojo el periódico y lo despliego. Dentro hay un cuchillo. Lo escondo en el colchón y me siento a leer.

El periódico es muy útil.

El mundo de la DRY GOODS es un lujo: antes, camisetas interiores, *tweeds* de lana pura. Batistas de colores, cachemiras estampadas y lujosas telas de cuadros vichy. Terciopelos. Toda esa suave guata. Me imagino que es el hábitat natural de Johnson, una cuna llena de mullidas almohadas de tela. Salió a la búsqueda de estos putos pastos fangosos normales y corrientes, la mierda que yo le enseñaba. No era más que un estudioso de la miseria. Tenía esa idea de que podía encontrar algo como la gracia o la victoria si aniquilaba su buena fortuna, si escogía lo peor. Para contestar a la pregunta de qué iba a hacer con su vida decía que seguir el camino más pútrido, arruinarla. Veréis, fue todo amable y mesurado cuando lo conocí aquella noche en la nieve. Una vez en España no le impresionaba nada. Les escupió a las putas en Sevilla y creyó que eso lo volvía cosmopolita, el muy imbécil. Y después en el barco acudió a mí a derramar lágrimas, a contarme lo que en aquel momento yo pensaba que eran filosofías verdaderamente del corazón malherido. Palabras de vida. Y por él me despertaba, siempre, para escucharlo. A mí me parecía más que una conversación. Pero no creo que él sintiera nunca demasiado respeto. Yo era como un dril de algodón pesado y blanqueado que aguantaría mucho y mostraría buena parte de lo que se hubiera derramado en él. Una vanidad. Pero a aquellas alturas yo ya estaba embriagado por Johnson. Y le dije lo que me hacía sentir llevar el manto de su mierda. Me sentía bien, le dije. Me sentía mejor que borracho, le había dicho. Él me contestó

que sabía lo que quería decir. Había llorado diciendo «¿Entiendes lo que quiero decir?». Eran los pañuelos de sarga negra y gris y de seda rosa claro, así, así de cerca, juntos los dos a solas en cuclillas fuera en el viento, en el fango, borrachos y cansados y sin vigilancia y con la cabeza entre las rodillas y las manos de Johnson en mi pelo, cálidos y cercanos y juntos así como puente y marea y tejado y cegados por la luz del sol y bien arropados, yo arropado en mi amor por él como un lobo envuelto en mantas como de buena lana merina gris, borrachos como hermanos. Como rasetes de color café claro. Como mantas de franela azul real y de algodón de Nueva Orleans y de alpaca.

Por lo demás, me siento como en casa con la MERCADERÍA: habichuelas blancas, vellón y maíz. En pocas palabras, sin Johnson no soy más que cerdo en salazón, azúcar, aceite de sebo, carbón de bujía y centeno. Y siempre whisky irlandés superior, diez barriles, recién llegados pasando por el río Grande, a la venta en Russel & Tilson. Una cama, una ventana, suelo, paredes y una mesa pequeña. La tinta del periódico me pone las manos grises. Como una sombra restregándose en mí. *El Concierto de la noche de Navidad* despegado hacia atrás a lo largo de mi muñeca.

A la mañana siguiente llega Foster con un paquete.

—Sigues aquí —dice—. De la iglesia. —Deja la cosa envuelta en papel marrón sobre la cama.

Estoy con el periódico, sentado en el suelo con la espalda contra la pared. Aquí, este rincón, me parece que es el sitio más cómodo y con menos corriente.

—Ha habido una especie de alboroto fuera en los muelles a propósito de un barco que ha zarpado hacia un gran espectáculo en Londres. Toda la ciudad se ha juntado para verlos cargar una gran máquina, parecía una cosechadora o una inmensa trampa de hierro, dios mío. Le pregunté a un muchachito directamente que para qué era y me dijo que para hacer zapatos. ¿Has oído alguna vez algo parecido? La gente hace cola para cualquier clase de desastre lógico, te lo juro. Y esta es la gente que se sentará a juzgarte cuando llegue el momento, ya sabes. ¿Son listos o son estúpidos? No

nos importa. Sin embargo, cómo les gusta una buena historia. Y quieren tener razón. Quieren tener razón desesperadamente. ¿Sabes lo que quiero decir? —me pregunta.

Tengo la vista levantada hacia él. Escucho lo que me está diciendo. Me siento muy mal. Pienso en decirle «No estoy bien aquí. El aire no es bueno. A lo mejor uso el cuchillo», pero está ahí tan expectante y tan vivo, sentado ahora con las piernas cruzadas, dejando una huella profunda en la cama, que no creo que vaya a dejarme tranquilo. Querrá que me explique. Será mejor que asienta y lo complazca. Es mi abogado. Se mira los zapatos y los señala.

—Todo eso por esto. Increíble.

—Increíble —repito.

Me echa una mirada recelosa, como si me estuviera burlando de él, después se da la vuelta y prepara su pluma y su papel.

—Espera un momento.

Va hacia la puerta de barrotes y se saca una campana del bolsillo. El sonido me recuerda a mis días escolares y a la pizarra negra lisa en la que escribía mi nombre. Las muchachas con lazos en el pelo. Muchachos. Con las mejillas coloradas, engalanadas de pecas, los ojos azules y verdes y marrones abiertos, enseñando todos los dientes y perezosos, la luz de la ventana, dándome golpecitos en el hombro, diciendo «Eh, quieres volar mi cometa luego». Después ir a almorzar y no volver. Correr por el camino fangoso río abajo e ir a nadar si hacía calor. A nadie le importaba dónde estaba yo entonces. Foster vuelve con un taburetito y lo pone al otro lado de la mesa.

—Ahora tenemos una oficina como es debido, eh. —Se sienta en el taburete—. Ven —dice. Del bolsillo del abrigo se saca una bolsa pequeña de papel llena de caramelos—. Coge uno, por favor. Venga.

Me meto uno en la boca y me siento.

—Son de limón, ¿no?

Asiento.

—Bueno, muy bien —empieza—. Para empezar, hay que saber que la gente de este lugar no tiene un historial blando cuando se trata de condenar a la gente por perversidad.

Pobrecitos. Ya sabes, verdad, que en los tiempos antiguos si pensabas por ti mismo lo mínimo de lo que te tildaban era de demonio y te quemaban como a un cerdo, te asaban. No había nada parecido a un abogado defensor para alguien a quien hubieran acusado de brujería, nadie que demostrara mediante la ley que estaban equivocados. La ley estaba toda ella montada para mantener a la gente convencida de que sus temores estaban bien fundados. Se les ocurrieron maneras de demostrar que tenían razón sobre las personas que parecían un poco diferentes. Todas las brujas, dijeron, sienten dolor si les pegas en las costillas y se hunden en el agua si las amarras. Por dios santo, pues claro. Ahora sabemos que eso se llama personalidad, una diferencia de opinión. Y gracias a dios por esa libertad, sí, sí. Y esos niños simulando hechizos y demás. Todos mocosos malcriados metiendo las manos en ollas que no les corresponden, me parece a mí. ¿Has visto a alguien con temblores de Danbury? ¿Cómo la llaman, la enfermedad de los sombrereros? Los disolventes para las pieles te ponen a bailar como a un conejo salvaje. Se te meten cosas en el cerebro. Bueno, ya sabes. Hay cosas que han logrado meterse en tu cerebro, eso seguro. Quién sabe. De todas formas, lo hecho hecho está. Te digo una cosa, yo en el mal no creo. A mí me parece que el demonio no es más que una historia para asustar a los niños para que se porten bien. Y creo que deberíamos respetarnos más los unos a los otros en vez de meternos miedo y ya está. Creo que la gente comete errores, claro. Es humano. Solo Dios es perfecto y lo demás es una mierda, perdóname. Así que ¿quién tiene la culpa? Por eso estoy en el lado de la defensa. Es algo que me viene natural. No se debería condenar a nadie. ¿Estás bien? Se te ve muy pálido.

—Estoy bien —digo.

—La gente de la iglesia, las mujeres de la iglesia de mi mujer, nuestra iglesia, las señoras amigas de mi mujer, te han tejido esta manta.

Foster rasga el papel con la uña afilada del meñique.

—Creo que esta manta se convertirá en un bálsamo. ¿Has tenido algo así alguna vez? ¿Una manta que fuese como un bálsamo?

—¿Qué quieres decir con bálsamo? —le pregunto. Ya estoy

aburrido. Cojo otro caramelo. Está bueno. Él tira la manta sobre la cama.

—Como una cosa bendecida que alivia, un bálsamo —se calla un momento—. Háblame de ese Johnson. Cómo era vuestra relación. De qué se trataba esta rivalidad final que te llevó a matarlo. Eso necesito saber.

Mastico el caramelo y tiro de la manta para ponérmela en el regazo.

—En pocas palabras —dice—, hubo algún tipo de desacuerdo. ¿Es correcto?

—Lo había habido, sí.

—¿Y el desacuerdo tenía que ver con qué, dirías tú?

—Tenía que ver con lo que Johnson quería.

—Y qué era eso.

—Quería morir, me imagino.

Mi madre viene al día siguiente ondeando una funda con papeles. Empieza a gritar, haciendo una pausa de vez en cuando para protegerse la cara y mirarme como si esperase que yo fuese a ponerme a correr para ella.

—¿Sabes que me han hecho levantarme la falda antes de descerrajar esa primera puerta de hierro, eh? A una mujer adulta. ¿Como si tuviera serpientes y dagas y la puta madre ahí arriba? Problemas de todo tipo, hijo mío, desde que volviste a aparecer. Te lo juro. Me tiran piedras por la ventana y a Mae le han dejado un ojo morado unos niños en el parque. No me puedo creer lo que es todo esto, dios mío. Y esto.

Alisa los papeles sobre la mesita, se inclina, resoplando. Lleva el pelo tirante recogido hacia atrás, como nunca se lo había visto. Como si se hubiese quitado la parte de arriba de la cabeza, sin mariconadas. Ahora estamos cara a cara.

—Dios mío, hijo —dice—, ¿qué ha pasado con todos tus dientes?

Bajo la vista a los papeles. Es la caligrafía de Johnson.

—Esta carta —empieza a decir— me llegó ayer de mano de uno de los chicos jovencitos de algún barco.

Empiezo a leerla.

—Bueno, ¿qué dice? —pregunta, escupiéndome por encima

del hombro—. Ese de ahí es tu nombre, ¿no? Dice que le debes dinero o algo así, ¿es eso?

Pongo los ojos en blanco y echo la cabeza hacia atrás. Lo veo todo blanco durante unos momentos.

—¿Hola? ¿Hola? —dice mi madre—. Me rompes el corazón, ¿sabes? —Me acaricia la cabeza, me alisa el pelo, con cuidado de no tocar la brecha.

Protesto y oigo mi voz como la de un niño pequeño. Me sube la manta-de-la-iglesia hasta los hombros, me la dobla debajo de las axilas mientras dice «Ssshhh».

—La próxima vez tráete unas cuantas botellas. Aquí no tienen nada para beber.

Me está acariciando la cabeza y empieza a llorar.

—Solo me dan esas píldoras duras con las que me ahogo, me duele, mamá.

—Hablaré con ellos.

—No, tú solo tráelas, ¿vale?

—Veré qué puedo hacer.

—Haz lo que te digo.

—Ssshhh.

Me incorporo en la cama y le cojo la mano con fuerza.

—La próxima vez dos botellas. O si no, no te veré.

Intenta hacer algo para calmarme, pero es como dagas en mis ojos y la cojo con las dos manos y le retuerzo un brazo por detrás y sí, así veo con qué se ha estado sujetando el pelo hacia atrás y es como un tenedor de madera todo retorcido como un cabo alrededor de una cornamusa, así que solo con darle un tirón, aquí viene, una gran ola gris cayendo en cascada sobre sus hombros, mi madre aúlla:

—Suéltame, malnacido. —Luego—: ¿Guardia? —grita—. Estás enfermo. Pobre muchacho. «Es que es su forma de ser», es lo que le he dicho a ese abogado. Él dice que he sido la tonta de un borracho, casi le escupo. El amor de una madre es tontísimo.

El guardia llega y la deja salir. Meto los papeles debajo del colchón. Me cubro la cabeza con la manta, me envuelvo la cabeza con la manta sin más y respiro hondo hasta que estoy demasiado cansado para resistir. Me duermo.

Cosas que dijo Johnson que ahora me vienen a la mente:

«Nadie sabe lo cruel que me gustaría ser».

«Que lo limpien ellos».

Estábamos por ahí bebiendo una tarde la semana antes de que nuestro barco saliera del puerto, sentados en el puente de madera que daba a la ensenada por donde pasaba el ferrocarril, con las piernas colgando, mirando hacia abajo sin más. Iba a llover. Johnson dijo que iba a ir a su casa a arrancarle el corazón a su padre. Le pregunté qué quería decir. Dijo que iba a volver a casa de su padre, dar con él, abrirle el pecho a su padre con sus propias manos, después arrancarle el corazón con los dientes.

Seguimos bebiendo un rato.

—Vamos a por un filete, McGlue —dijo cuando empezó a llover.

Caminamos un rato por la calle Federal y en la gran casa blanca de antes de North nos detenemos y Johnson sube por el camino de entrada y no me dice nada pero brinca por los escalones hasta la puerta y llama con el puño. Una señora gorda abre la puerta y Johnson entra directamente pasando por delante de ella y a mí me deja en la calle. Yo sigo caminando sin más y bajo por Front y voy al Salón del Ron y me meto deprisa bajo una mesa con Dwelly. No sé lo que está diciendo, pero hay gallinas ahí dentro. Una jovencita baila, entonces su padre llega y la tira en el fango. Todos estos nuevos irlandeses. Y así sin parar. Johnson termina apareciendo todo sobrio y con una chaqueta nueva puesta y compra una botella y silba para que yo vaya. Nos la bebemos en un carruaje y bajamos hasta aquel lugar tan grande y elegante. Ese tal Hathorne de la casa de aduanas estaba sentado en la mesa de al lado con el alcalde, masticando algo que parecía el dedo meñique de alguien. Llegaron dos filetes y una botella de brandy de cristal tallado, me parece. Yo seguía con mi sombrero puesto. Me metí algún cubierto de plata en los bolsillos. Johnson masticaba su filete. El mío estaba en el plato, sangrando todavía. Luz de las velas de las lámparas de araña balanceándose desde el techo. Estábamos como en un barco que se hunde. Fuegos que se encienden y apagan en cuanto giraba la cabeza. El repique y el susurro de hombres sentados en sillones mullidos y sus modales en la

mesa, voces de alguna manera contenidas bajo la música suave, un joven pálido tocando canciones al piano. Corté el filete con el cuchillo que me habían puesto, lo sujeté con el tenedor de dos dientes. Los grandes trozos fueron masticados y tragados. Llegó el vino. Un hombre flaco me cubría el regazo con servilletas de lino blanco una y otra vez. Johnson estaba hablando, no sé de qué. Me incliné hacia un lado en algún momento y regurgité la velada entera. Miré hacia abajo y esperé a que el vapor se disipara. Como un lagarto sofocado debajo de la mesa, tal cual. Había un rubí rojo sumergido bajo la superficie del montón de vómito. Metí la mano para agarrarlo. Sin suerte. Lo volví a intentar. Alguien le alargó a Johnson un puro y llegó un mono a encendérselo con una cerilla. Me tomé un cóctel de ginebra y me sentí mejor. Empecé a cantar una canción.

—Silencio, Mick —dice Johnson entregándome un fajo de billetes por encima de la mesa—. Quédatelo —me dice—, pero primero rájame la garganta.

De eso sí me acuerdo.

Calle Howard

Antes de vestirme con pantalones y chaqueta como dios manda, me cortan el pelo y me dan una pluma, tinta y papel para que escriba mi confesión para el juez.

—Escribe lo que sea que recuerdes desde el principio hasta el final —me dice mi abogado. Su verbosidad se ha ido reduciendo cuanto más lo he mandado a paseo—. Eres un lobito callado —me ha dicho. Detecto que le he metido algo de peste en el cerebro, aunque solo sea por proximidad al mío. Dice que manipular la pluma un poco me ayudará a reavivar la mente, cosa que no puedo decir que dude. Pero la mayoría de las mañanas sostengo el periódico en el regazo sin más, leo sobre mercancías, el precio de las especias, China y las visiones de su nuevo Cristo autoproclamado de bigotes negros. ¿Y qué más? El presidente dice que no se trate a los hombres como a mulas. Eso me gusta. Me gusta ver la fecha impresa. Levanto el periódico hacia la ventana iluminada. Eso de ahí es el mundo, pienso: noticias impresas dentro de esos marcos-de-ventana chisporroteantes. El presidente dice que aquí arriba, al norte, me tratan con indiferencia, que me acusan injustamente y que injustamente me faltan al respeto. Creo que se lo enseñaré a mi abogado. El papel en blanco que me ha dado se enrosca y el borrador se deja arrastrar por la corriente al otro lado de la mesa. «Lo que sea que recuerdes» es difícil de encontrar. Recuerdo tiempos más felices de cuando era niño, bien, pero eso no es lo que me están pidiendo. El periódico se arruga y habla en sonidos bajo mis dedos inquietos. Vuelvo a mirar.

Ojalá recordemos siempre el pasado con satisfacción. Ojalá su experiencia nos sirva de guía para el futuro.

La verdad es que es un milagro que pueda leer algo, con la

cabeza rota tal como la tengo y la mente pensando constantemente en lo que no me baja por la garganta. Aunque debería decir que mi concepción de la bebida es menos brebaje que dolor, tal y como lo veo últimamente. Preferiría no pensar siquiera en ello. Algo se ha alterado bajo los pocos cables que aún siguen vivos en la superficie de mi cerebro. Empiezo a tener sed de algo más. Casi no puedo explicarlo. Y siento que no sé nada. Nunca supe nada, ni cuando era niño ni como hombre, nada. Siempre me negué a aprender.

Cuando era niño no le hacía ni caso a la maestra en el colegio. Fuimos, Dwelly sobre todo y yo, siempre más propensos a las peleas en el patio, a derribar a algún viejo en la carretera, a robar y jugar a juegos que no eran aquella tontería del corro de la patata que nos ponía a hacer la maestra. No tenía cabeza para aquella aritmética. ¿Qué iba a hacer ella, de todos modos? Arrojarla al fango si era una de las jóvenes y aprovechar la tarde para tirarle piedras a la gente que pasaba por el parque desde lo alto de los árboles. Piedras pequeñas, guijarros calentados en las manos hasta que llegaba el momento apropiado en el que alguien tan elegante se acercara. Y había normas en aquel entonces. El éxito y el fracaso tenían mucho peso en la misma medida. Si fallábamos, teníamos que saltar desde el árbol para conseguir más piedras y luego volver a trepar. Si acertábamos, también bajábamos de un salto, pero corríamos. Yo era rápido y ligero y volaba por el aire como un pájaro espectral. Dwelly, sin embargo, estaba gordo e iba despacio y rebotando y yo me reía y lo insultaba. Pero había otros niños sin el rebote hinchado de Dwelly. Jack Malcolm tenía las manos como piedra arenisca, siempre apretadas, el pelo espeso y como un nido de pájaro, una especie de sombra se movía detrás de sus ojos, me parecía. Y Torrence que siempre mentía y robaba y luego lloraba y se golpeaba la cabeza contra las paredes, algo de él que llegó a encantarme. Se raspaba la cara contra los ladrillos afilados y luego volvía furtivamente a casa como un gato apaleado. Y luego, más tarde, por último, vino Johnson. Esos han sido mis únicos amigos.

Es verdad que mi memoria lleva sufriendo mucho tiempo por mi amor al grog. Más de una vez me he despertado al lado de Johnson sin remembranza ni de mí ni de él ni de lo

que me había llevado hasta allí, de cómo era posible que hubiese llegado a vivir en realidad. Y Johnson tan callado, sin decir nada nunca, aunque sé que debajo del rostro inmóvil y de las mejillas cálidas del sueño estaban el aguijón y el golpe de lo que estaba allí tan cerca como lejísimos, yo y lo que yo tenía que ofrecerle. Yo le gustaba porque era completamente frío, algo que él no habría podido ser nunca. Me llamaba fiambre de día, cara de muerto, difícil de interpretar. Cuando yo bebía, decía más, mostraba más. Pero no podía encontrarme con él nunca en el mismo punto, él nunca bebía tanto como yo. Se ponía malo si lo intentaba. En vez de eso se balanceaba, alterado, y se volvía aburrido hablar con él. Con suntuoso fervor hablaba sin parar sobre cosas caras: adornos decorativos, luces centelleantes, música, alguna ocurrencia, alguna idea. Hablaba y hablaba de su gente sin decir mucho que me permitiera informarme de lo que quería decir en realidad. «Dame otra» era lo que casi siempre le decía en aquellos momentos, y él pagaba. Me acuerdo de que la navaja que llevaba a la espalda parecía cara, con mango de nácar y la hoja tan limpia, no creo que la hubiera usado nunca. Me hacía desesperar, pero lo quería por supuesto, lo mejor que sabía. Sus caderas se balanceaban como las de un perro flaco al caminar. De eso me acuerdo.

Foster da golpecitos con el dedo blando en el papel y me mira atentamente.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta.

Pese a su rostro paternal, sigo sin confiar en él. Habla tan demasiado a menudo de la iglesia, de su señora, de cómo se ha dado cuenta de que tal y tal, que dejo de escucharlo.

—Lo que no puedas hacer, deja que lo haga Dios —me dice —. Si empiezas a escribir, vendrá. La historia real está ahí arriba, ten fe.

—Si pasó algo en la noche que sea a la que te refieres, estaba demasiado borracho como para haberle prestado ninguna atención —digo.

—No hay nada que no se recuerde. Estabas allí. Tenemos todos los motivos para pensar que eres el que lo mató.

Entonces fue cuando sentí que se me encogía el corazón. Me imagino caminando junto a Johnson, la sombra de la muerte de su lado y el mío lleno de salada luz del sol. ¿No

sabe que prefiero lo oscuro, que es a lo que están acostumbrados mis ojos? No hay motivo para ello. El que lo mató se equivocó por completo.

—Está bien —le digo al viejo y pongo la pluma en el papel —. Nací —escribo. Pero no puedo acordarme de qué pasó antes de que pudiera decir cosas en mi cabeza y oírlas y retenerlas dentro de mí, y quizá tuviera cinco años entonces u ocho cuando me desperté así, en realidad. Me acuerdo de los días en casa, la de mi madre. Tenía un hermano entonces, uno que era más que yo y que era valiente y cocinaba en el fuego y me apartaba cuando yo alargaba la mano. No recordaré su nombre ahora. Me acuerdo de que él tenía un gatito que perseguía a los ratones y mi hermano era el que recogía a los ratones muertos, con el puño tal cual, y los tiraba al canalón para los perros. Tenía los ojos azules y frágiles como un cura cansado. Me hablaba por las noches en la cama de cualquier plan de alto riesgo que hubiese hecho durante el día, de sus sueños, sus visiones de futuro, de las muchachas que le parecían guapas. El gato lo adoraba. Ronroneaba y se acercaba a él haciendo cabriolas como una ardilla, correteando alrededor de sus tobillos allá donde fuera. Yo entonces andaba escabulléndome, yendo y viniendo del colegio y de casa, no tenía ni planes ni visiones de futuro aparte de perseguir más problemas. Yo tenía quizá la mitad del tamaño del hombre que soy ahora. Tenía la idea de que no crecería más y estaba enfadado. Suelto la pluma.

Dicen en el periódico que este Cristo chino va a conquistar el mundo. Están siempre diciendo esas cosas. La gente de aquí, en esta ciudad, condado, ve lo que parece malo y lo empeora. Te retorcerán la nariz hasta que huela la muerte en un lecho de rosas. Este Cristo dice que ha visto la cara de Dios. Uno pensaría que lo pondría en un trono, el mundo, no que lo maldeciría en los periódicos por ser un flagelo. Flagelo es lo que deben de llamarme a mí también, de eso estoy seguro. A quién le he hecho daño yo aparte de a mí mismo, me gustaría gritar por la ventana. Dirán que a Johnson. Mi madre vendrá con los brazos cruzados. Y los hombres y las mujeres de la iglesia me obligarán a echar la cabeza hacia atrás e intentarán sacar lo que hay dentro. Hurgarán en el agujero que tengo en el cráneo mientras los ojos se me van

hacia atrás, un goteo enfermizo de lo que ellos creen que es el mal rodándome por el cuello y cayendo en un cubo en el suelo debajo de mí. Puedo verlo. Es la única manera de ir al cielo, me dirán esas brujas.

«Todo mal». Eso es lo que dijeron las señoras de la iglesia cuando estuvieron en casa. Soy un niño y mi madre está en una silla arrinconada en la mesa demasiado apretada como para que pueda hacer nada con los brazos salvo dejarlos sobre la madera resquebrajada. Fue cuando nuestra casa era una habitación pequeña en la parte posterior del molino, una casita entre otras casitas todas iguales donde las mujeres trabajaban y los niños jugaban en las rocas y perdían el tiempo en el canal. Lo veo, veo a aquellas señoras de la iglesia llegar con un atado con una olla nueva y trapos limpios y un saco de harina para mi madre, como si más trapos fuese justo lo que necesitaba mi madre. Andan ajetreadas por la casita, bateando el polvo, levantando las cortinas de las dos ventanitas como si las escandalizara y les asqueara la oscuridad, después, una vez que ven la vista del camino vecinal a través del grueso vidrio martillado, vuelven a bajar las cortinas y se limpian las manos en sus faldas enormes. Llevan vestidos negros resecos y tienen caras que parecen los goteos de una vela. Para mí son brujas. Se burlan y se mofan, levantando un dedo emborronado de polvo. Mi madre avergonzada hurga en las migas atrapadas dentro de una grieta de la mesa con un cuchillo.

Niños y Dios, están diciendo estas señoras. Yo he estado masticando regaliz y observando. Mi hermano está de pie en la puerta con los brazos cruzados. Tiene maldad en la mirada. Las mujeres abren un armario y se ríen. Mi hermano va y lo cierra. Después mi madre dice algo y llora.

Era un lugar pestilente y destrozado, la casa aquella. Las cosas siempre se estaban viniendo abajo y siempre entraba agua por el suelo. Cuando salimos camino a la iglesia con esas señoras, mi hermano se quedó. Estaban construyendo algo entre el canal y el molino, una especie de muro nuevo. Estaban tirando algo abajo, de eso me acuerdo. Fuimos a la iglesia, me dijo mi madre, porque quería cambiar. No quería criarnos más en una casa de mugre. Se me estaba empezando a notar, dijo, en la cara.

No miento, me sentía bien allí sentado en el banco al lado de mi madre, con su mano encima de la mía, mirando al coro cantar. Sobre el altar, un hombre de madera colgaba sangrando mágicamente, con la cabeza inclinada y la cara dolida, aunque no infeliz. Aquel era Dios, me dijeron. Pero yo sabía que no era Dios. Tenía la sensación, como cuando estaba solo de noche en el camino, de que había algo observándome, algo esperando a que titubease, algo escondido entre las sombras esperando a abalanzarse. Eso era Dios. Y mientras me dormía veía cómo movía las estrellas por la ventana, lo sentía escuchar mis pensamientos. Intentaba ser cuidadoso con lo que decía cuando era niño, pero era inútil. Pensaba en el hombre muerto que había visto una vez, al que había atropellado un carruaje y pateado un caballo, con las tripas al aire, la cabeza sangrando en un charco, la pierna torcida hacia atrás de una manera imposible, la mano aplastada. Me imaginaba lo que sentía y al principio me emocionaba pensar en eso y luego me asustaba. El miedo era Dios. Eso lo sabía.

Lo ha hecho Dios, dijo mi hermano.

Cuando volvimos de la iglesia, nuestra casa, toda la hilera de casas había desaparecido: solo un montón de ladrillos grises y polvo. Sabía que esas señoras de la iglesia nos habían engañado. Sabía que habían matado a mi hermano.

Poco después de las tres en punto se oyó un estruendo espantoso; los vecinos salieron corriendo y se encontraron con que varias toneladas de peso del muro del molino habían caído sobre el tejado de la tienda de Jones y de las pequeñas casas de las señoras del molino en la margen sur del canal. La información se transmitió de inmediato a la policía y los vecinos no escatimaron esfuerzos para sacar a los sepultados de entre las ruinas. Seis personas fueron rescatadas con vida, a saber: cinco niños y la señora Jones. Varias de las mujeres del molino y algunos niños fueron sacados mientras expiraban.

Es más fácil bien impreso, de esa manera. Rompo el papel, el papel de periódico, en pedazos y dejo que se esparzan por mi regazo.

Me aburro como una ostra en esta celda y se me revuelve el estómago por algo que no puedo identificar. No solo por la bebida. Confesaría lo que fuera si pudiera. Pero mi cabeza ha cubierto de negro todo lo de aquella noche. «Aquella noche», como la llama el abogado. Lo último que sé de Johnson es que la tenía tomada consigo mismo, me pedía una y otra vez que lo ayudara a morir y yo le decía que no y bebía mucho y yo lo quería. Lo que pudo llevarme a matarlo no lo sé. Si me tomara un trago, algo se abriría, de eso estoy seguro. Le contaré eso a mi abogado. Le contaré eso al juez. Alguien me entenderá.

Al día siguiente, mi abogado llega con un sombrero para que me lo ponga. Me va a llevar a ver al juez. Pide ver lo que he escrito.

Le enseño el papel en blanco, el tintero sin abrir. No parece sorprenderse y se sienta en la cama, se quita su sombrero, respira profundamente.

—Aunque simpatizo con el problema de tu cabeza, este mal olor es verdaderamente insufrible.

No sé qué decir a eso.

Saca su pipa y empieza a fumar, desentierra un periódico de entre mi ropa de cama y aparta el humo a su alrededor con él.

—No podemos ir al juez sin tener nada que decir, McGlue —dice—. Declararte inocente no nos llevará a ninguna parte. Le diremos que estás demasiado enfermo para ser juzgado. Que tu cabeza y tu mente y tu cuerpo te tienen demasiado descompuesto. Le diremos que eres demasiado singular. Eso es lo que haremos. Si Dios quiere, por lo menos te dará más tiempo. Lo único que tienes a partir de ahora es tiempo. Eso lo sabes, ¿no?

Asiento. El abogado me está mirando la cabeza, la abolladura que tiene. Se levanta otra vez para examinarla. Me quita el sombrero y lo deja sobre el papel en blanco de la mesa. Dejará un cerco marrón, estoy seguro. Me hurga con los dedos en el pelo y hago una mueca de dolor y lo aparto con el hombro de una embestida. Exhala y se vuelve a sentar.

—¿Qué? —digo. Me está mirando de forma algo rara. Asiente con seriedad, gravemente, y mira hacia la pared. Su

única ceja levantada me dice lo que tengo que hacer. Camino hacia la pared, me doy la vuelta y me golpeo la cabeza.

Dice que no lleve puesto el sombrero.

Calle Essex, Ayuntamiento

¿Cómo has terminado siendo así?

Ciertos acontecimientos me llevaron a dejar la ciudad y me fui al sur, de un sitio a otro, a lo mío hasta que conocí a Johnson, que en cierto modo me salvó.

¿Qué acontecimientos?

Acontecimientos como los que provocan que un hombre abandone su hogar y busque quien lo lleve bajando por la costa y pase noches en portales, callejones. Te puedes inventar lo que sea que fuese para ti.

El juez es un hombre más joven de lo que me esperaba. Revuelve papeles durante unos minutos y carraspea. La sala está más fría que mi habitación, las paredes blancas enfrían el aire, la luz del sol congelada se dispara desde las altas ventanas en anchas lamas. Tengo hambre, pienso. Vienen y van estrellas negras. El rojo en las manos me hace recordar. Me duele la cabeza.

¿Cómo explica la muerte del señor Johnson?

No puedo. Estábamos en el puerto y me entraron unos temblores que me llevaron a la parte de atrás de algún sitio y cuando salí y fui al bar caí de rodillas y me desperté a bordo y me dijeron que Johnson estaba muerto, pero es solo un rumor, en lo que a mí respecta, pues yo no lo he visto. Me culpaban por lo que fuera que había pasado, mi capitán y quienquiera que se pusiera a hablar. ¿Dónde está Johnson, a todo esto?

Su abogado ha insistido en que está demasiado enfermo para ser juzgado. ¿Está de acuerdo con su valoración? Dice que ha sufrido un gran traumatismo craneal y que lo sufre todavía. ¿Es eso correcto?

Si se refiere a que me duele la cabeza, entonces sí. No me molestaría nada que alguien me trajera una bebida, diría yo, señoría.

Señor, estoy al tanto de su problema con la bebida. Hace apenas unos años nuestro presidente le habló al país del tema de su triste enfermedad. Si bien dijo que su defecto debe tratarse como un infortunio y no como un delito, ni siquiera como una desgracia y, si bien este tribunal entiende su infortunio, señor McGlue, y se lo perdona, su crimen de asesinato es de lo más espantoso y debe ser corregido. Le enviaremos a residir en nuestra cárcel de nuevo a partir de ahora hasta que su cabeza y su mente estén curados. Calculo que seis meses deberían bastar. La gente de este pueblo quiere un juicio como debe ser y eso exige que el acusado tenga la cabeza bien puesta, así que aclárese, señor. Y cuanto antes, mejor.

—Señor McGlue —bromeo mientras me vuelven a atar las manos, muy gracioso.

—Quieren que tengas carne en los huesos antes de comerte vivo —me dice después mi abogado.

Calle Howard, otra vez

He estado enfermo otra vez. La almohada está manchada de rojo pálido y tengo la boca seca. Las paredes de mi celda se han puesto violetas y azules con la puesta de sol. Vigilo las esquinas para ver lo que sale de ellas: un niño con biberón y calderilla, una bonita muchacha lavandera o alguna Susanita desamparada, un perro con un buen palo que tirarle y la muchacha, su dueña, exhibiendo sus faldas, y ahí está mi madre en las sombras, mi abogado y Johnson, mi hermano. Aparecen un momento y se desvanecen de nuevo en la pared, las sombras parpadean mientras las nubes pasan sobre la luna baja. De repente tengo ese vergonzoso anhelo por una falda. Me fastidia pensar en poner las manos sobre esa carne suave, flexible, la peste a azúcar y a mujer, perfume, labios pegajosos abriéndose hacia mí, todo lo que pueda conseguir.

Me acuerdo de algo. De Johnson tirando de mí hasta ponerme de rodillas, cubriéndose la cara con las manos. Viene y va. Pienso otra vez en mi hermano y en mis hermanas.

Mi hermana la pequeña estaba enferma.

—Tuberculosis —me dijo mi madre, y fue a suplicarle al jefe del molino que le guardara el puesto de trabajo y después volvió con un médico y se quedó junto a la cama de mi hermana durante días y días. Cuál era el gran trastorno, eso me hubiese gustado saber. O estaba toda roja o estaba tan blanca que se la veía gris contra la sábana blanca.

—Vete al colegio, pequeño —me decía mi madre, de mañana, mientras le acariciaba la cabeza a mi hermana, yo sin lavar y sin alimentar, con los zapatos en el pie que no era y sin nadie con quien caminar.

—Vete a la cama —me dijo por la noche después de que se muriera mi hermana y se la llevaran, yo no entendía quiénes.

Pero no quería irme a la cama. Salí hacia el muelle. A ver si viene detrás de mí. Es a principios de la primavera y no necesito mi sombrero, así que lo tiro a unos matorrales sin más y eso me da valor, entonces pateo un poco de tierra hacia unos cuantos caballos que están quietos delante de unas puertas grandes. Resuellan y mastican sus trocitos y miran hacia otro lado como peces parpadeantes.

—Burros —les digo y les pateo más tierra. Luego llegan dos hombres y me agarran del cuello de la camisa. Se ríen y me pasan de un lado a otro, me agarran la cara con las manos, me sujetan de las axilas, después me lanzan por el aire.

—Cómo te llamas —quieren saber.

Me duele el estómago, pero no dejaré que se me note. Quiero escaparme.

—McGlue —les digo.

Uno de ellos se saca una petaca de plata del chaleco y se echa hacia atrás para beber. Ahí veo que tiene manchas en la pechera de la camisa, la barriga grande y la cara roja y cerosa a la luz de la lámpara cuando se toma lo suyo. Le pasa la petaca al otro hombre. Me dan un trago después de todo. Es la primera vez que pruebo el ron.

—¿A qué sabe?

—A caramelo masticable —digo. Me dan otro trago y agarro la petaca y me agacho para pasar entre las piernas separadas del gordo y huyo a la carrera hacia donde sea. Me dejan correr y se ríen, pero me tropiezo y vienen y me pegan patadas y recuperan el ron. Me quedo tumbado en la tierra y me siento bien. Cuando estoy otra vez en casa, mi madre se lleva el dedo a la boca y señala el sitio donde debo dormir al lado de la puerta. Voy y me acuesto y me sigo sintiendo igual de bien aquella vez.

Mi abogado viene a la semana siguiente con un periódico y una carta de mi madre. Espera que encuentre fuerzas para seguir adelante, eso ha escrito, y no tiene ni idea de lo que parece. Dice que ha sido viuda durante el tiempo suficiente y ha enterrado hijos suficientes como para saber lo que es la verdadera soledad y dice que si tengo algo de sentido común por lo menos confesaré mi crimen y recuperaré la cordura o

podrían meterme en una celda con otros hombres o si no iré al infierno. La creo. La celda está bien para pasearse y desmayarse en ella, solo para eso. Me pongo de espaldas a la pared y cruzo los brazos. Mi abogado dice poca cosa y saca otra hoja de papel de su maletín, me pide que escriba la historia de aquella noche. Dice ese nombre, «Johnson».

—¿Dónde está? —pregunto. Lo echo de menos. Me daría una botella y me hablaría con una voz que me calmaría, lo sé. Y podría descansar si él estuviera aquí. Aunque era depresivo y aunque era un idiota, ojalá me visitara. Me funcionaría mejor la cabeza. Lo único que hace ahora mi cabeza es dar vueltas alrededor de algo que habría sido mejor olvidar antes. Un tiempo inútil sin nada que hacer. Pienso un poco más en mi hermano, intento recomponer su rostro en mi mente. Su cara muerta en la caja, me la imagino, después la de mi hermana, después la mía. Siento poca cosa.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta mi abogado.

Me he quedado dormido ahí de pie, imaginándome la cara muerta de Johnson: encaje azul debajo de la piel pálida, el cuello de la camisa marrón demasiado apretado en la garganta, de forma que la piel está estirada y pellizcada y flácida, y eso me irrita.

—Bien —contesto. No puedo hablar. Quiero. Tengo algo, una piedra quizá, atascado en la garganta.

Mi abogado sigue hablando, sobre una declaración y un hombre llamado Hayes. Apenas lo escucho. Me duele la cabeza y vuelvo a mirar esa cara muerta. Ojalá Johnson estuviera aquí.

Me acuerdo de que mi hermano llegó a casa una vez con un ojo sangrando. Mi madre lo metió en la cama con un whisky y me llevó con ella a ver a la madre del chico que se lo había hecho. A mí me dejó sentado en el tocón embarrado de un árbol mientras le gritaba a la puerta que su hijo podía quedarse ciego, podía morirse y dejarla sola y sin propósito. Yo era pequeño y muchas veces me echaban para que me acurrucara en el rincón que hubiera más cerca, así, con la espalda contra una pared u otra. Mi hermano, más tarde, no pidió más whisky, cogió sus cosas sin más y salió sin dificultad, y después volvió otra vez ileso.

Solo en casa, lo recuerdo, hacía frío en casi todas partes,

pero qué emocionante era espolear el fuego desatendido y dejar vagar el pensamiento. Las luces y las sombras rebotaban por la habitación, atrapadas como un relámpago en el cristal de la ventana, y eso me asustaba. Tiraba trapos al fuego y se apagaba.

Mi abogado ahora está diciendo:

—A Hayes le están pagando, atención, y cuanto más tiempo te encierren, más dinero para su bolsillo. Así que cuanto más te quedes ahí callado, más tiempo libre tengo. Bien, hablemos de esa noche. Cuéntame qué pasó una vez bajaste del barco.

—Fui y le pedí prestado algo de dinero a Johnson. Pero primero caminé con él y con otro tipo alrededor de una iglesia para cagar. De eso me acuerdo porque había allí unas monjas blancas guardando la puerta. Entonces Johnson me prestó más de lo que le había pedido. De eso me acuerdo.

Johnson siempre tenía dinero. Cuando se encontró conmigo en Nueva York con la cabeza rota, su dinero me llevó a la silla del médico. Después de que le pagara al hombre, me echaron fuera, y Johnson le enseñó al médico algo suyo. Intenté escuchar detrás de la puerta, pero no podía quedarme de pie bien. Eso que conmigo delante no podía enseñar me habría gustado saberlo. Le pregunté, también, cuando nos fuimos del médico para ir a enseñarle al capitán la carta que atestiguaba mi buen estado de salud. Johnson no me respondía. Después me dijo que eran anginas, cosa que era mentira. Me dijo que era un sarpullido o algo. Nunca antes me había mentido antes. Por supuesto que yo sabía lo que era. Se habría metido en algún sitio en el que se habían metido antes muchos otros hombres.

Pobre Johnson, ese idiota.

Y él se llevaba la peor parte de todas mis fechorías. Sentía lo que yo no podía. Si estuviera aquí, lo rodearía con un brazo, le acariciaría la cabeza y le daría las gracias. Por lo que sea que hubiese hecho mal él, diez veces más grandes eran mis males. Por eso le gustaba. Creo que le gustaba sentirse fatal. Pero él no era así para nada. Estando a mi lado, yo lo metía en la clase de los animales turbios, es verdad, pues yo era uno de ellos. Antes de conocerme era un caballero, una persona a la que él y yo despreciaríamos. Desde que me había conocido, decía Johnson, el corazón le

latía un poco más fuerte. Se convirtió como en un hombre que sabía algo. Le ayudaba tener que tirar de mí y llevarme a sitios. Y se estudiaba mi forma de hacer las cosas, probó lo que se sentía al coger lo que era suyo y no disculparse. Aunque por dentro, yo lo sabía, seguía siendo igual de agradable.

—Es un comienzo —dice mi abogado—. Escríbelo.

Se levanta para llamar al guardia y se pone el abrigo. Descubro que quiero que se quede.

—¿Qué tiempo hace? —me oigo preguntar.

—McGlue —dice—: no significa nada para ti.

Mi madre lloraba y lloraba. Para entonces yo ya casi era mayor y tenía mi propia petaca y podía correr más rápido y esconderme más rápido que la mayoría de los hombres de tamaño normal, y me habían puesto los ojos morados en unas cuantas peleas, y Dwelly y yo éramos habituales de The Long Shore y por entonces yo había estado en privado con algunas chavalas. Ninguna de ellas podía mantenerme alejado del bar durante mucho tiempo. Mi madre lloraba cada vez que yo entraba por la puerta. Con el tiempo dejé de volver a casa. A Dwelly y a mí se nos ocurrió la idea de bajar a Boston y estar sin nuestras madres, meterle prisa a la vida de la manera en que queríamos; solo que Dwelly no se quiso ir cuando llegó el momento en que habíamos dicho que nos iríamos, así que me fui yo solo.

Conseguí un trabajo cuidando los caballos de las diligencias que subían y bajaban a Lowell. Los animales estaban desgreñados y descuidados gracias a mí, y trabajaba con un hombre que estaba igual de enterrado en el ron. Nos pasábamos las noches en el heno, a veces casi a punto de congelarnos y observando los vaporosos resoplidos y bramidos de los caballos cruzando el aire como si fueran las nubes desde un barco de vapor. Bebíamos y nos metíamos en lo profundo del heno y charlábamos, algunas noches de mucho frío me acurrucaba entre sus brazos como un niño. No me acuerdo de su nombre, pero hablaba con el acento arrastrado y marcado de otro país y tenía la misma comezón que yo, de eso me acuerdo. Hablaba bastante de mujeres, de

sus virtudes, de su peste y su sudor. Yo lo entendía poco y no importaba.

El poco dinero que me entregaban a última hora de la tarde, con la mitad de los caballos alimentados y lánguidamente cepillados, yo medio dormido, me lo gastaba en el Eastern Standard. Allí había hombres con dinero y hombres sin dinero. Me quedaba en los rincones oscuros y observaba a quienquiera que pidiese centeno escupir y balbucear palabras, levantando serrín y mirándome de forma extraña. Si había alguna manera de ganar más dinero, lo ganaba. ¿Esos hombres con relojes de bolsillo y manos limpias no tenían mejor manera de pasar el tiempo sin compañía? Las chicas están ocupadas, me decía yo. Las habitaciones de aquellos hombres apenas estaban amuebladas y no me importaba, me daba igual lo que quisieran. Significaba otro trago al final. ¿Quién podía culparme? Me llamaban Nicky Bottom. Nicky no era mi nombre. Guardaba en secreto el McGlue y les silbaba a todas las mujeres por la calle lo más fuerte que podía. Había una, otra tabernera, que aparecía entre mis brazos bajo la luz de gas en alguna ocasión. Me daba bebidas gratis, bebidas fuertes: Benedictine, ginebra Old Tom. Mi estómago era más fuerte entonces y podía beber de todo y masticar una cebolla y no flaqueaba nunca. Una vez vino a mí un policía con unos cuantos dólares y me llevó a una habitación, me pidió que me sentara a mirarlo. Lo dejé seguir, con la cara enrojecida, y al final me reí y le pegué patadas a su silla. No me dio dinero después de eso, pero era una historia a la que darle vueltas en la cabeza. Maricones, todos ellos. Unas cuantas veces hice una sustitución en alguna diligencia y vi Lowell. De ningún modo podía llegar hasta allí yo solo y agradecía la gran ciudad con el humo y las chisteras en la que perderse.

Apenas sabía leer por aquel entonces, de eso me acuerdo. Hasta los letreros me costaban un poco de esfuerzo. Sabía las letras y el aspecto que tenían, pero me llevaba tiempo pronunciarlas en voz alta, a menos que su significado fuese tan obvio como «Carretera» o «Calle» o «Ciudad». Me rendía y usaba mi instinto. Parece que una parte de mi cerebro se ha agudizado de tanto beber, con el agujero de la cabeza. Mejor leer que sentarse y hablar o pensar. Mi abogado me ha dejado

el *Daily Atlas* de ayer. Miro por encima la columna de las mercancías, el estado del metal amarillo, Muntz genuino, que acaba de llegar de Liverpool, cemento hidráulico, mejor que la cal, dice, y piel de becerro, vino de Málaga, mecha de algodón. Un artículo anuncia la venta de muebles de segunda mano, cocinas, pianofortes y cajas fuertes de hierro. Magníficos artículos chinos —lacados y dorados— que me hacen pensar en ese otro Cristo, la confusión de un lado del mundo por el otro. He estado en China, pienso. ¿Cuántos pueden presumir de eso? Todas las caras en el frío como pintadas en una pantalla, lámparas rojas y frío, me podría acordar de eso.

Me podría acordar del puerto y del pequeño camino de piedra que conducía a una especie de posada con teteras humeantes del tamaño de un hombre junto a la puerta, un letrero pintado de rojo y dorado meciéndose en el viento. Hacía frío. Una anciana barría la nieve de la puerta y nos llevó a la sala iluminada por el fuego donde nos sentamos en divanes lo bastante pequeños como para que las rodillas nos tocaran el pecho. Las muchachas iban envueltas en capas de frágiles túnicas bordadas y se tambaleaban delante del fuego con pies más pequeños que mi puño cerrado. La piel les resplandecía con un color dorado, como si se hubieran frotado con grasa, a la luz del fuego. Quién fue primero con qué muchacha no lo recuerdo. Johnson tardó mucho tiempo, me parece, y salió peor de lo que había entrado. Me reí de él y nos largamos a buscar algo de beber. Eso estuvo bien. Lo llamábamos vino amarillo. Luego no hizo tanto frío. Se suponía que íbamos a dormir en el barco, pero yo me quedé por ahí fuera y Johnson vino a buscarme por la mañana. Yo seguía levantado, caminando como un perro perdido por sinuosas callejuelas de ladrillo marrón y completamente helado. Llegaron unos niños y unas mujeres y gritaron y señalaron. Allí estaba Johnson. Sonriendo y saludando y abriéndose camino. Le pregunté si le gustaría volver a la posada y no dijo nada. Había mucho trabajo por hacer en el barco, cargar y limpiar y todo eso. No echo de menos ese trabajo ni un poco. Solo aquellos momentos con Johnson. En el barco era difícil conseguir tenerlo cerca. Cuando lo tenía para mí solo yo siempre estaba metido en problemas o

enfermo y él cabreado. Yo también me cabreaba. No puedo acordarme de lo que me cabreaba tanto.

Me da dolor de cabeza pensar en Johnson. Debe de estar ahí hurgándome en el cerebro con una uña larga. Me lo puedo imaginar ahí embutido, observando con horror la podredumbre y el fango zumbando por todos lados, sacudiendo el abrigo para que no se le ensucie. Conocía todos sus gestos, todas sus pequeñas manías. Cuando quería despertarme, con dos nudillos me machacaba el cráneo. Me ponía la suave palma abierta de la mano en la barbilla para sujetarme. Lo intento con mi propio puño. Funciona para volver a despertarme un poco. Huelo algo penetrante y me lloran los ojos, mi propio hedor se hace tan evidente de repente como las paredes lisas y desconchadas. De eso es de lo que hablaba mi abogado. Un olor enmarañado con el alcohol que se haya filtrado fuera de mi cuerpo. Inhalo profundamente. A Johnson no le importaría este olor. Ha pasado por cosas peores conmigo: la peste nauseabunda y retorcida de los marineros, tanques de pescado podrido, letrinas, la ráfaga cuando nos quitábamos las camisas, el equivalente a semanas de hedor allí. ¿Qué espera mi abogado? Ese abogado. Me olvido de su nombre. Intento recordarlo, arrastrar la peste hacia el suelo, batir el aire con el periódico doblado. Hablemos, Johnson, quiero decir. ¿Has visto a ese abogado, al hombre viejo? Él es la única compañía que tengo. Johnson, digo, ¿dónde has estado? Mi abogado dice que estás muerto. ¡Ja, ja!

Mi abogado dice que estás muerto.

Ahora estoy preocupado. El guardia carraspea y su silla rechina y el sol brilla a través de la ventana y sigo respirando y estoy preocupado. Me quedo mirando fijamente la esquina, creyendo que aparecerá Johnson, transformado, de las sombras extraviadas, tomará forma y vendrá y me pondrá la mano en el hombro. La cama tiembla solo con que respire. Nada de Johnson. Ahora lo entiendo. Está muerto, tal y como me han estado diciendo. Pienso en un trago y lloro más. No se me ocurre ninguna clase de bebida que pueda quitarle la peste a esto, pese a todo. Johnson muerto. Eso es lo que me han estado diciendo, por lo que han estado preguntando. Acabo de escucharlo ahora. Recuesto la cabeza y rezo

pidiendo morirme.

Tahití

Llevamos aquí dos días. Dicen que la gente está celebrando los ritos de la primavera, pero aquí hace tanto calor como en el infierno. Me siento bien, cenando suficientes carnes asadas y ron oscuro como para cantar de muy buen humor —cosa que rara vez he hecho— y estar entre los hombres sin aborrecerlos. Aquí hay mucho de lo que disfrutar ahora: el baile ebrio de los nativos bajitos, el sol, la playa, la hierba alta. Johnson y yo vamos caminando por los campos de azúcar, encontramos un puentecito bajo el que descansar y echar la siesta. Cuando me despierto, Johnson yace a mi lado como un hombre ahogado. Tiene los ojos muy abiertos. Se incorpora para mirarme desde arriba. Recuerdo ese día por lo que él me ha contado.

—Cuando volvamos a casa —dice Johnson—, no voy a vivir en Salem. Iré al sur, donde hay campos como este, aunque sin océano. No me va bien lo de ahora. Podría morirme en este barco, McGlue. No hay nada que hacer, solo que se te ponga negro el corazón. Preferiría morirme.

Así hablaba y, mientras habla, le cae la cara hacia abajo como la de un hombre del doble de su edad. Me mira con ojos turbados, inyectados en sangre.

—Tengo dinero, ¿sabes? —dice.

—Me lo figuraba. —Asiento.

Este no era el Johnson que me había encontrado muerto en Nueva York, que me había metido en su carruaje y me había dicho que me callase, bebiera y respirase. No era el hombre que me había atado con sábanas en casa de su hermana y había salido corriendo a hacer lo que quiso hasta que estuve en condiciones de caminar, que le jodan al mundo y todo eso. Solía ser como un caballo con el lomo de punta, estrellándose contra las puertas y cruzando los brazos y sin sudar nunca. Fundiría una espada si intentases rebanarlo con ella. En el

rincón, con la cara riéndose a carcajadas y lleno de mal genio y raudo en desenvainar, así era Johnson.

—Ve a contárselo a un árbol —decía Johnson cada vez que me quejaba o fanfarroneaba y suplicaba. Y, sin embargo, todo lo que me hizo lo hizo para salvarme la vida. Me alimentaba con migas en las noches de cama, todo lo que pudiera retener, me ayudaba a engullir y no me negaba ningún tipo de bebida.

—He soñado con nosotros en alta mar —decía. Hizo que sucediera. Así era él: ardiendo de deseo y de coraje, borracho de aquello. Tenía tanto en común con él, borracho de bebida y cenado y con la boca llena de profundos significados, babeando, con la cabeza medio hundida por la caída del tren. Se había dado completamente la vuelta desde aquel bobalicón que era cuando se cruzó conmigo mientras me congelaba en el bosque a las afueras de New Haven. Se había convertido, la verdad sea dicha, en una especie de monstruo. Hablaba de matar a su padre, con la ira y la sed de sangre arrugándole la hermosa frente. «Me has ayudado», decía siempre. Sabía lo que quería decir. Que le jodan al mundo y sigue para delante, eso es lo que le enseñé yo. Parece que se ha caído de su propio tren, pues ahora sacude la cara, se le nublan los ojos, se limpia las lágrimas frotándose con el puño de la camisa desabrochada.

—¿McGlue? —pregunta, sin que a eso le siga nada. Johnson me habría enterrado las manos en el cerebro para sacar ese muelle tan oxidado. Pero no. Encorvado y dolorido y humedecido de pesadumbre, este no es aquel hombre.

Llevamos aquí tres días. Hoy los hombres se oponen al tren de vecinos disfrazados, beben directamente de la jarra, escupen, se tiran unos encima de otros por encima de la espalda recién engalanada y corren hacia el burdel. Johnson y yo vamos con ellos. Es una pequeña chabola color marrón bronce, recién pintada para el día de fiesta. Los hombres se sientan detrás de la cortina en un banco de ratán lleno de cucarachas. La cortina está bordada con la flora tradicional y espuma de mar: flores rojas y rosas, una ola rompiente que se aquieta pillada con la boca abierta, escupiendo rayos azules de hilo. Cada vez que un hombre sale y otro entra nos

levantamos todos y nos chocamos las manos. Me río de cada uno de ellos y recibo puñetazos suaves en los hombros a modo de represalia, espero mi turno. Es un día radiante y desaprovechado. Un perro naranja holgazanea en la puerta. Johnson se levanta para acariciarlo.

—Para él el perro —le dice uno de los hombres a la madre gorda y morena.

Johnson se arrodilla para mirar al perro a los ojos. Como sé que los canes ejercían un encantamiento sobre él, no lo molesto.

—A lo mejor ya lo ha hecho con el perro —sigue diciendo otro de los hombres.

Ya no me sorprenden los constantes fracasos de Johnson con las mujeres. Se desespera y se enfada cuando todo se termina, no soporta la conversación. Le he tomado el pelo unas cuantas veces y me ha contestado con los dientes apretados y la cara encendida y silencio durante los siguientes días. Incluso me ha lanzado un puñetazo, del que me he reído. Ahora solo me callo. Ahora estoy levantado. Me pongo de pie y le pido a la maricona que me sujete el cuchillo. Viene, a veces, y observa a través de una cortina a cambio de tantas botellas como creo que vale la pena. Lo hago todo solo por diversión.

Después Johnson y yo volvemos al barco y nos sentamos en la proa, observamos el cielo sin necesidad buscando la tormenta, bebiendo. Johnson se queda mirando fijamente las escasas nubes con la seriedad de un hombre que reza. El capitán está durmiendo bajo cubierta. El barco se balancea y se levanta en el puerto. Johnson se saca la navaja y lame la hoja. Me limito a estar sentado y a observarlo. Escupe sangre a la espuma que corre. Saco mi cuchillo de aparejar y me rajo las encías con la espiga metálica, lo pruebo para ver lo que sea que Johnson se cree que sabe bien o sabe a algo.

Está irritado. Detrás de él la isla rebosa de oro y especias, y este se supone que es su terreno, pero hace días que no se interesa por nuestro trabajo. Dice que siente poco por estos hombres. Son jóvenes y como dragones, así de presuntuosos y aburridos, y piensan que Johnson es arisco y tiene el corazón renegrido y está atribulado, que hay que compadecerlo y temerlo. Me dice todo eso y escupe en el muelle gris. Lo miro

y bebo yo solo de la botella, pensando en que este hombre debe de necesitar una puta de un tipo en concreto, u otra cosa, no lo sé. Entonces Johnson vuelve a coger la navaja y la lanza al agua. Parpadea a la luz del sol al hacer mella en la superficie, el destello se queda salpicado en los ojos de Johnson como algo feliz, como la primavera. Pero él se frota los ojos con la parte gruesa de las palmas y mira hacia abajo. Nuestro reflejo se proyecta y tiembla en el agua.

Se pone de pie y se zambulle rápidamente. La navaja la encuentra enredada en algas marinas, asegura. Vuelve a subir a bordo escalando por la soga anclada, se le ocurre otra idea, así que se quita las botas mojadas y salta y camina a lo largo de la botavara con la navaja sujeta entre los dientes y sube el mástil contoneándose. Con las piernas abiertas como un murciélago, empuña la vela mayor con las manos y, colgando de un brazo, corta y despedaza lo que puede. Los agujeros en las velas no cuentan mucho. Cuando vuelve a bajar, se frota las comisuras de la boca con la vela rasgada para ver si tiene sangre, se limpia la navaja en la pernera y carga a través de la cálida plaza de piedra, descalzo, hacia la ciudad.

Quizá mi destino sea seguirlo por allí fuera, pero el mar se mueve de manera tan agradable, da tanto gusto mirarlo y quedarse callado, dejar que el ron se arraigue y me caliente los huesos. Johnson me llama: «¡McGlue!». En estos tiempos soy yo más un perro guardián para él que él para mí. Alguien a quien señalarle cosas, a quien fruncirle el ceño, para quien tener preparada una broma grosera. Durante un momento me preocupo pensando en Johnson ahí fuera, solo, con la navaja cargada y sin nadie a quien recurrir en este sitio extraño. Pero brilla el sol y por una vez puedo respirar. ¿Por qué? Este ron está rico. Cerveza rara es lo único que hemos tenido a bordo durante semanas.

Me acuerdo de mi primera vez con una señora. El olor de eso como de repollo cocinándose. Cualquier afirmación que haya hecho de haber amado a una mujer despechada no es más que una verdad a medias. Las amo más cuando están sufriendo de mala manera y están llenas de rabia. Me gusta jugar a ciertos juegos. Un buen juego es agarrarles la garganta

con las manos, apretar toda esa materia cartilaginosa. La puta esta de allí de la isla era pequeñita, tímida, y estaba sentada desnuda, dándome la espalda, cuando entré. No me quito la ropa, voy sin más hacia la silla y me desabrocho el cinturón. Hay una manera de hacerlo, luego otra. Intento no mirarle la cara. Sus caderas estrechas están tiesas y ladeadas de un modo extraño sobre mi regazo, se le agita la espalda como una flor fláccida.

—Bastante bien —digo después de un rato, me levanto y me voy. Esto fue ayer. Los otros hombres se exasperan y se emocionan y se dan palmadas en el trasero los unos a los otros y fanfarronean y cuentan historias. Los escucho porque me gusta. Johnson se aleja sin más.

Johnson en el prostíbulo de Victoria. Una gorda con argollas de oro en la nariz y en las orejas. No estuvo nada bien. Johnson se enfadó y se fue. Le vi el chaleco con un solo botón desabrochado. Y Johnson en el prostíbulo de Ciudad del Cabo. Un sitio donde no habíamos estado nunca, carne como un trozo caliente de animal sacado de una parrilla. Salió hecho una furia y me agarró del brazo.

—No entres ahí —dijo Johnson—. No quiero saber lo que harías con eso.

Pero entré de todas formas, zarandeé a la muchacha de un lado para otro de maneras que me parecieron divertidas, después volví a salir y me fumé una pipa que me pasó un viejo. Eso estuvo bien.

Y Johnson en el prostíbulo de Salem. Era el salón de una señora allí en la calle Saint Ides, encima de una tienda en la que no vendían nada que yo fuera a comprar nunca. Las chicas de arriba tenían todas el pelo de un color diferente. Johnson se llevó a la de pelo negro. Una cosa bonita con la piel pálida, los ojos oscuros y saltones y la frente oscura. Pero aquello tampoco estuvo bien del todo.

—¿Qué esperabas? Por lo menos sonsácales algo de diversión —le dije.

Se encogió de hombros sin más y me agarró de la manga de la camisa. En aquellos días estaba más por la labor de meterse en peleas. Cualquier cosa, al parecer, lo podía sacar de quicio,

y hacerlo juntar el puño con el borde áspero de la mandíbula de otro hombre. Eso yo lo entendía. Había cosas mejores que las mujeres. Yo también tenía mis propios recelos.

Como que algo sobre un niño de pecho me arrastraba diez metros. Algo sobre esa clase de recuerdo. Mi madre con mi hermana encima. Mi hermano pasándole no sé qué y yo en el rincón, tapándome los oídos y dando arcadas. Ese chorro caliente de lo que pasaba por amor, mi madre. Lo primero que odio de las mujeres es ese olor.

«Échate para allá, pequeño», me decía cuando me interponía en su camino, y me interponía en su camino muchas veces. Siempre era «pequeño», nunca me llamaba por mi verdadero nombre, del que a estas alturas apenas me acuerdo.

—McGlue —dice Johnson, mientras agarra su chaqueta y se dirige hacia la puerta del prostíbulo—. Vamos a buscar a alguien a quien pegarle.

Cuando Johnson vuelve a aparecer es en medio de un remolino en las aguas de una bahía, a unos diez minutos a pie de donde lo había visto por última vez desde el barco. Lo bastante profundo en mitad del agua, pero no demasiado lejos de nosotros como para que no lo veamos, me está gritando que lo salve, agitando con los brazos las densas olas. Por algún motivo sé que todo aquello es para aparentar. ¿Qué hombre se sumerge por voluntad propia tan profundamente en el agua como para que haya que salvarlo? No hay duda de que ha perdido la cabeza. No voy a nadar hasta allí. El agua salada, como todas las cosas que se meten en las heridas, se me mete en el cráneo, me da mareos y me mata.

—Tirad para allá fuera —les grito a los hombres.

Van, desprendiéndose de las chaquetas y los sombreros y las botas, cada hombre sobrepasando y salpicando al siguiente para ver quién puede llegar primero hasta Johnson. Los observo con las manos en la arena, palpando a mi alrededor, con el sol cálido todavía sobre la cara. Aquí me siento casi como un ángel. Más tarde me tomaré un frasco de miel, pienso. Cualquier cosa dulce que encuentre. Vino estaría bien. De alguna clase que no haya probado nunca antes. Pero

cuando sacan a Johnson del agua, se tambalea y escupe y tiene los ojos rojos y se cae a mi lado y jadea.

—Podría haberme ahogado —me dice.

—Yo me he ahogado muchas veces —le contesto.

Posa la cabeza en la arena y cierra los ojos. Los hombres hacen un círculo y esperan, goteando como la lluvia, jadeando también.

No me opongo a decirle lo cagón que es, aunque no tan pronto. Creo que se ha ganado un poco este espectáculo. El verdadero Johnson no sería tan maricón. Le escupiría a los pies a cualquier hombre que cayera de rodillas, le escupiría en los ojos gelatinosos y se alejaría. Este Johnson de ahora es como un bebé llorón.

—Casi me muero, McGlue —está diciendo, mientras con una mano me sube por el tobillo y me agarra la pantorrilla, como si eso lo reconfortase.

—Ay, pobrecito —le digo, riéndome. Libero la pierna y le doy una patada no muy fuerte en las costillas—. Levántate, Johnson —le digo. Y se levanta. Decido no molestarlo más. Caminamos juntos de vuelta al barco en silencio.

Por la mañana asegura que no es más que algo que comió. Asegura que apenas se acuerda, pero aun así me pide, lo que me tomo a broma una y otra vez, que acabe con su sufrimiento.

Pero yo no mataría a Johnson. Aunque sí que le gustaba que lo sacudieran. Si estuviera aquí le daría puñetazos en la cara hasta que se riera. Se ponía alegre cuando iba borracho como una cuba. Se me daba bien animarlo cuando me ponía a tono de la manera adecuada, lo que no solía pasar. Fue tras un periodo de sequía de alcohol cuando la cerveza del barco sabía bien.

—Cuéntame un chiste, Mick —decía.

—Vamos a hacer que venga la maricona y a divertirnos un poco.

Aquel marica nos había visto hacer de todo. Lo habíamos obligado a que se bajara los pantalones y la metiera en una

botella.

—Bébete esto, Johnson. —Le obligaba a hacerlo. Aquello produjo en él, en Johnson, una gran histeria—. Métete esto ya sabes por dónde —le decía yo al marica. Aquello me afectaba a mí también. A veces quería estamparlo contra la pared con la botella metida, aplastarlo, verlo sangrar.

Pero aquel marica estaba a cargo del alcohol. En la medida en que disfrutaba de las jugarretas que le hacía, no podía ir demasiado lejos, no podía dejarle los ojos demasiado morados. Pero Johnson y yo sabíamos que nos deseaba a los dos, de la manera equivocada. Nos alejaba al uno del otro, a Johnson y a mí, nos impedía hablar desde demasiado cerca cuando dormíamos el uno al lado del otro en alguna noche fría en el barco. Únicamente aquella idea en el aire entre nosotros.

Calle Howard

—Es un buen comienzo —dice mi abogado.

El elogio me llena de repulsión por algún motivo. Me doy con los puños en la cabeza.

—Puedes llamarme Foster —es lo único que dice.

—Foster —le llamo.

Me ha traído un libro para que lo lea. Es ese libro.

—Si hay algo que te llame la atención, me lo cuentas —dice y da golpes en los barrotes para despertar al guardia. Antes de irse, me palpa el cráneo. Con sus dedos suaves y arrugados me separa el pelo con ternura. Se me ocurre agarrarlo por el brazo y zurrarle, pero la tentación no tarda en abandonarme. Es un tipo de ternura que no conozco. Me revuelve el estómago.

—Te estás poniendo mejor —dice, mientras le da un empujoncito al libro a través de la mesa hacia mí y se va.

Pero no me siento bien. Tengo ganas de dormir, una luz blanca entra en mi campo visual como una antorcha de luz del sol hasta el cerebro. Como una flecha en llamas. Hace meses que no siento el sol de verdad. Fuera está casi oscuro. La ventana muestra un cielo gris y despiadado, lo que es agradable, me parece a mí. Observo oscurecerse la habitación, mientras se arruga el periódico que me ha dejado Foster encima de la mesa, al lado de ese libro.

La fecha me sobresalta. Hace tan pocos días que me han metido en esta celda, el pelo ya crecido y cortado, tantas botellas que se han quedado sin beber. Mis ojos tienen una especie de fijación por las letras pequeñas, como si fueran hormigas en un suelo de piedra blanqueada.

«Por envenenado y pernicioso que sea el carácter estadounidense, no hay ni una sola brisa que se extienda por el océano que no traiga nuevas de infortunio, más sorprendentes que cualquier cosa que surja en nuestra propia

tierra».

Por si acaso abro el libro que me ha dejado Foster. Quiero ver si Dios en persona me guía hasta alguna respuesta. La pregunta es ¿por qué el infortunio, por qué tales nuevas? ¿Por qué no la brisa y el océano sin más? ¿Por qué yo?

«Y cuando os pusieseis en pie para orar, si tenéis alguna cosa contra alguien, perdonadlo primero».

Me levanto. Rezo de pie, solo para ver qué pasa. Lo único que sé hacer es llevarme la mano a la altura del corazón. No hay ninguna maldad verdadera en él, estoy seguro. Pero está vacío.

—Johnson —le digo a la habitación, a oscuras en ese momento—. Ven y tráeme un barril o dos, deja que se vaya este infortunio y cuéntame un chiste, algo. Lo que sea —digo.

Por si acaso me doy golpes en lo alto del cráneo. Se me ocurre rezar una oración de verdad y casi lo hago. Johnson siempre me decía que le pidiera un deseo a mis propias manos, no a las estrellas. Pienso en eso. Me beso cada uno de los dedos, miro cómo se cae al suelo el periódico, como las alas de un murciélago cansado.

Y aparece.

Lleva puestos una chaqueta roja y un sombrero del que me burlaré. Pero su cara ya se está riendo.

—McGlue —dice—, trapisondista. ¿Cómo es que estás tan blando?

—He crecido cinco centímetros desde que me encerraron aquí. ¿Puedes sacarme?

—Sí que tengo dinero —contesta. No es más que una condenada disposición de luces que montan mis ojos desenfocados. Eso lo sé.

—Dicen que te he matado —le digo de todas formas.

Tengo que seguir retorciendo mi visión, tirándome de los párpados con los dedos para que no desaparezca.

—Lo hiciste, McGlue —dice Johnson—. Lo siento —dice.

—¿Estás enfadado? —le pregunto.

—No estoy enfadado —dice—. Aunque me gustaría que te acordaras.

Se ha ido. Una paloma gris, arrulladora, queda tras su estela, moviéndose inquieta, plegando con cuidado sus alas, sentada en la esquina de mi cama.

Port Davey

Si tengo que escribir sobre lo que me aflige, aquí voy.

En qué país estoy, no lo sé. Estoy despierto en un camino. He vuelto en mí de pie, voy dando grandes pasos hacia un campanario. Mi sombra se proyecta larga y oscura y se curva con el movimiento de mi cabeza y la brusquedad del paso hacia algo. Es mi cabeza que se balancea y maldice. Tengo cuernos, me siento como si los tuviera. El chirrido de los insectos escondidos se agita como una serpiente en la hierba. Sigo sin saber dónde estoy.

Alguien llama a gritos. A mí, no lo sé. El idioma podría ser el mío, pero no distingo las palabras. Una campana toca cuántas veces. La gente sale de un pabellón ensombrecido llevando solemnes guantes blancos, trajes, sombreros de ala ancha. ¿Cómo voy a saber dónde esconderme? El sol salta como un hombre por un puñetazo.

—Gringo —dice un niño pequeño, y señala. Le distingo la cara. Una sonrisa torcida de desprecio.

He escuchado antes esa palabra. Significa que soy una especie de demonio. El demonio en persona, a lo mejor. «Lo conozco bien, pero no lo soy», me gustaría decirle.

Y ahora sé dónde estoy. Voy en busca de más. La luz se me está subiendo a la cabeza, casi estoy llorando. A través de una brecha en la plaza veo el puerto. Ahí es donde debería ir. Pero primero, algo de beber.

Paso por un callejón donde no brilla el sol. Prometedor. El olor se distingue contra el polvo iluminado por el sol y la nada. La puerta no es más que un trozo viejo de madera apoyado contra la jamba. Ya desde fuera veo la larga barra, las botellas, las caderas y jorobas de los que están sentados, mamando. Uno golpea la barra para que le den otra. Aquí es donde estoy.

Entro y nadie se vuelve a mirarme. Me quedo delante de la

barra y espero a que el hombre me haga caso. Me ignora.

Entonces lo veo en la mesa. Tiene el sombrero puesto. Es Johnson. Sin preguntar, sé que está aquí porque es la manera de encontrarme, en el bar.

—Págame una bebida, lameculos —le digo, volcando casi la mesa cuando le doy un puñetazo en el hombro.

Dice algo que no entiendo y llega una muchacha con dos botellas. Johnson se mete una en el bolsillo y desliza la otra entre mis manos abiertas.

—Nos vamos —dice.

—Por mí vale.

Me bebo una botella de un trago y la dejo girando sobre la mesa.

—Espérate al barco para beberte la otra —dice Johnson.

—Una más para el camino —le digo.

Consigue dos más de la barra y volvemos a entrar en el oscuro callejón, yo voy bebiendo mientras cruzamos la plaza bañada por el sol hacia el puerto. Una vez a bordo, no me acuerdo del mapa del barco. No dejo de tropezarme con cuerdas y cajas, con las terminaciones de paneles de madera de los pasillos que hay debajo.

—No quiero majaderías —oigo. Es el capitán. Parece recién afeitado. Mi propia cara está cubierta de pequeños alambritos que se quedan en nada, salvo por el aspecto mugriento. Es una especie de mugre, de cosas que crecen en mí. Significa que tengo mugre muy dentro de mí. Una cabeza llena de mugre, a lo mejor, cuando me he tomado unas cuantas, una mugre suave y agradable. Por lo demás, soy puro nervio, con los ojos hambrientos como un lobo despreciado, aunque tengo la apariencia de un niño nervioso riéndose con una risa tonta en busca de algo, en concreto, otra bebida.

Es aburrido seguir con esto. El abogado sabe quién soy.

Soy un borracho.

Me llevó un tiempo llegar a saberlo.

Así es como lo sé. Lo que ha pasado siempre es que no sé cómo hablar o moverme o dormir o cagar. Me despierto por las mañanas con la cabeza en un tornillo de banco. La única solución es volver a beber. Eso me hace casi feliz. Por las mañanas hace milagros alejar la mente del dolor y la presión. Puedo usar los ojos después de esa primera bebida, me

acuerdo de cómo alinear los pies y caminar, aflojar la mandíbula, decirle a alguien que se aparte de mi camino. Luego me canso. Lloriqueo y necesito tumbarme. Me acuesto, quiero una bebida. No puedo dormir sin haberme olvidado de mi nombre, de mi cara, mi vida. Si tuviera que sentarme quieto o acostado en una habitación con algún recuerdo de mí mismo —el tiempo que me queda por vivir, esa despreciable sentencia, ese infierno— me volvería loco. Mi trabajo en el barco es de broma, a veces me hacen achicar agua filtrándola a través de un agujero como el de mi cabeza, a veces me obligan a volver a la cama a sangrar, como ellos lo llaman. Por qué no me han tirado todavía por la borda, estoy esperando. Es Johnson el que está loco, con esa manera que tiene de mirarme, de ignorarme, de venir a mí por la noche con la cara cubierta de lágrimas y mocos diciendo «Estoy loco». O no loco. A lo mejor sí que estoy loco. Mi madre dice que soy el hijo del demonio. ¿Cómo iba ella a equivocarse?

Salem

He salido en los periódicos. Está escrito, primera plana, todo: mi comportamiento aberrante, mi arrogante negación, mi cuestionable masculinidad y todo lo demás. Me comparan con un perro sin un solo hueso moral suyo propio que roer. Dicen que el juez debería sacrificarme y enterrarme, como ellos lo llaman. ¿Enterrarme dónde? Quiero saberlo. No puede haber un sitio más abajo que esta celda. Aparte de la única excursión que he hecho al juzgado, no he sentido el aire fresco en la cara desde hace meses. Nadie me ha alargado una bebida, un brindis: «Por la República». A veces escucho a los guardias contando chistes, riéndose. Oigo una silla crujir cuando uno se reclina, se rasca la cabeza, bosteza. Tienen que comprobar el reloj para ver cuántas horas más deben estar ahí sentados, cuidando de que no me mate. Tiempo. Cuánto más falta para que recojan sus abrigos y salgan al mundo. Eso me mata. Es difícil no querer morirse. Ya voy menguando aquí día tras día. A veces hago ejercicios con la cara como para no quedarme lisiado, para no olvidarme de cómo sonreír o fruncir el ceño. Por lo demás, solo tengo las mejillas y la boca flojas, el peldaño suelto de mi mandíbula oscilante cuando giro la cabeza de un lado a otro.

Foster viene una vez cada pocos días a recoger mis confesiones. No parece descontento, aunque dice que estoy pintando el cuadro con demasiados detalles.

—No las vamos a tirar —dice. Parece estar haciéndose una idea general de Johnson y me preocupa haberlo pintado demasiado endeble, como un niño rico sin agallas. Debería corregir eso. Foster querrá que corrija eso. Le he contado que he estado teniendo visiones, oyendo voces. Dice que reza por que sean señales de que mis recuerdos me están curando y volviendo a juntar los sesos—. Pero —dice— sé amable con esos visitantes. Si los haces montar en cólera, puede que

causen estragos que nadie sabe.

Ahora tengo que pensar en Johnson. El amado hijo con una herencia y buena educación y el rostro apuesto como un cuadro para vender oro. El rostro de un hombre que podría convencerte de que cualquier cosa vale la pena. Solía hablar del valor de las cosas, de lo que costaban frente a lo que costaba hacerlas. Relojes de bolsillo y abrigos elegantes, libros y sombreros, un buen vino. «Quiero saber de dónde provienen las cosas», me decía. Tenía mucho más conocimiento del mundo, del mapa del mundo. Me contó que había diamantes del color de la sangre, sirenas, hierbas que podían darle a un hombre vida eterna. Yo, pateando de puerta en puerta por Salem como un muñeco de cuerda buscando una teta de cristal de la que mamar. «Iremos. Hasta me pagaría el viaje», dijo. Pero no tuvo que esforzarse mucho para conseguir trabajo en aquel barco y, con él, yo también. Con aspecto de polizón me subí a aquella nave el día de la partida, con Johnson abriéndome camino, como un príncipe. «No se encuentra bien», fue su explicación de por qué iba yo manchado de vino, dando traspiés, con una sonrisa de suficiencia y un dedo levantado como para decir algo, olvidándome luego y dando otro traspié.

«Mételo en la cama», le decía Johnson a la maricona cada vez que tenía que inclinarme sobre el pasamanos para vomitar o me sobrecogía el balanceo de las olas y me recostaba en la cubierta. Aquel marica de manos pequeñas ahuecaba la almohada y me alisaba el pelo. Echo de menos que me acuesten así, que me metan en la cama. Al rato venía Johnson a comprobar mi mejoría. Me arropaba bien. Me ponía una mano fría en la frente, me cerraba los párpados con las puntas de los dedos como si fuera a sepultar un cadáver. Era tierno. A veces podía ser muy tierno, incluso cuando iba dando grandes zancadas por ahí como si fuera un caballo premiado o algo. Nunca me agarraba fuerte ni me apartaba. Me decía que no era culpa mía cada vez que volvía a abandonar mi desvencijada abstinencia.

—Vuelve a intentarlo —decía él. Yo asentía y sonreía, luego me resbalaba en una placa de hielo en el camino en

cuanto atracábamos, me daba un buen golpe en la cabeza y le hablaba a las estrellas. Todas las noches, Johnson me decía—: Vuelve a intentarlo mañana.

—Ah, sí —le decía yo—. Mañana. Solo un último trago.

Nunca me lo negaba. No soy capaz de entender cómo lo hacía: siempre llevaba una botella en el bolsillo solo para mí.

Foster es un pobre sustituto de mi querido amigo. Sus periódicos son buenos regalos, eso es cierto. En el de ayer venía un dibujito de mí: mi cara puesta en un gran cuerpo ratonil, unos cuernecitos, arrastrando un ancla llena de algas en el tobillo. La cara que pongo es con los dientes afilados, y flaca, y como la de un zorro muerto de hambre. Por lo menos no van demasiado desencaminados. Poca alegría me da ver mi nombre impreso con esos mismos signos negros como el presidente, la fecha, el estado de Massachusetts. Ahora aquí las noticias son mucho más emocionantes que los días anteriores. Hombres y mujeres asesinados de un tiro en la cabeza en México, un mensaje enviado por un telégrafo magnético, una advertencia a los navegantes sobre los vientos que los conducirán al infierno, no sé cuántas disoluciones de sociedades. Leer me puede absorber durante un rato, agrandándome los ojos de una manera que necesito despreciar mi pequeña celda. Una muchacha con una cola deja estupefacto a un parroquiano local. Y después una larga columna sobre los negros. No he pensado en ellos desde hace meses. Los negros viejos que había en el barco entraban y salían asustados de las habitaciones sin más, haciendo crujir apenas los suelos de tablones de madera. Y aquí los analizan con todo detalle. Su penuria y estigma, toda esa mano de obra. Hay justicia para algunos. Todo un color entero de personas liberado y yo sigo aquí dentro pudriéndome hasta que me vuelva lo bastante loco como para creerme que soy el asesino que dicen que soy; y con todo y con eso. Aunque Johnson sí que ha aparecido y me ha dicho que lo he hecho. No me lo puedo creer. No va a admitir que se lo ha hecho a sí mismo, me imagino. Le propondré eso a Foster. Johnson se lo hizo él solo, por supuesto. Puede que no haya manera de refutar eso.

Vuelvo a la cama con cierto alivio y con sueño a pesar de una comezón persistente en la puerta trasera abierta de mi cabeza rota.

No es fácil respirar bajo los lúgubres cielos violetas de las últimas horas de la tarde. Ese color acecha desde la ventana y se mete en mis entrañas a través de mis globos oculares y encapsula y revuelve lo que no debería ser más que una reserva acuosa de lágrimas. Salem convierte mi pena en un pegamento espeso. Es lo que me mantenía pegado a Johnson, se me ocurre ahora. Por esos cielos violetas con pájaros negros subiendo entrelazados desde las apiñadas ramas negras del parque de la ciudad, y que cruzan a toda velocidad el plano liso del espacio que se termina justo en el alféizar de mi ventana, he pensado más de una vez en cómo romper el cristal. Pero hay barrotes contra él y romperlo solo serviría para dejar que entraran el viento y la nieve y la lluvia. Esta manta que tengo aquí, la que me dio Foster, me ha salvado muchas noches de la congelación. O esa sensación da. La corriente fría del aire de la cárcel. Incluso después de unos cuantos meses, pensar en algo de beber primero me hace sentir calor y molestia, luego frío y temblores. Me ha estado pasando. Si tan solo surgiera una bebida de alguna de mis ahora escasas apariciones, estaría bien. Sí que sigo pensando a menudo en beber. Conozco todos los bares de Salem y todas las maneras de llegar por los caminos que van hacia ellos y de vuelta de nuevo a casa como el mecanismo de un reloj; hasta ciego podría encontrar el camino, y lo he hecho. Si pudiera volar, estaría bien. Llamo a gritos a Johnson para que vuelva a aparecer. No aparece. Demasiado pronto, quizá, desde su última visita. Llamo a gritos a alguien, a cualquiera, para que aparezca. Consigo a una extraña criatura acurrucada en el rincón. Aletea una mano hacia mí, como para espantar una mosca.

¿Quién es?, me pregunto.

«Soy tu conciencia», la escucho decir con mi propia voz.

Unas cuantas noches después, una mano fría sobre mi

cabeza me levanta del sueño. Es Johnson. Ha traído un espejo, una afilada hoja rota de cristal que se saca del bolsillo. Una pequeña reproducción de mi cara aparece en el reflejo, mi aliento como un humo en el frío babeándome los labios. Parezco muerto. Johnson se aparece sólido esta vez. Deja el espejo junto a mí sobre la cama y se cruza de brazos. Su altura me asombra; tan grande y tan fuerte, no como en sus últimos días tal y como los recuerdo. Se redujo hasta mi tamaño en su lamento, en su aflicción. Este es el antiguo Johnson otra vez.

—¿Estás mejor ahora? —le pregunto. No contesta, solo se encoge de hombros y mira hacia el pasillo a través de los barrotes—. Creo que me han embaucado —le digo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ahora estoy despierto, o no estoy despierto en absoluto. Se me ha despejado la mente, la visión tan bien iluminada que es como si alguien hubiese preparado la escena: la luz de la luna a través de los barrotes de las ventanas, la cortina negra de la noche colgando en la habitación detrás de Johnson, ahora con una rodilla en tierra a mi lado, con la cara medio en penumbra. Vuelve a mostrarme el borde afilado del espejo roto y en ese momento lo oigo decir sin palabras: «Mataste al hombre equivocado».

Supongo que es verdad. Siento no estar muerto. Debo de tener algo raro dentro.

—Muchas veces he hecho lo que debía hacerse pero al revés. —Intento reírme—. Es por mis sesos estropeados, doctor Johnson. ¿Has venido hasta aquí para sacármelos, para tirar al mar ese podrido desastre y que se lo coman los tiburones? —Duele mirarlo, tan tieso—. Lo haré yo mismo —le digo y levanto la mano hasta la parte de atrás de mi cabeza y hurgo y husmeo y se desprenden entre mis dedos algunos cabellos y sangre seca—. Necesito un cuchillo —digo. Palpo por debajo el colchón buscando el que me dio Foster, pero no está ahí. Johnson me alarga la esquirla de espejo. Lo siento real en la mano mientras apuñalo y aguijoneo lo mejor que puedo, incluso cuando Johnson se recuesta contra las frías paredes de la cárcel, observando. La brecha del cráneo no es lo bastante ancha para clavar y abrirla haciendo palanca, pero lo intento. Duele muchísimo. La sangre me chorrea

desde la nariz hasta la manta de lana clara. Sigo trabajando, entregado ahora a ver lo que hay dentro. Pero el brazo no se dobla de la forma en que necesito que se doble. Johnson está ahora en el rincón, tapándose los ojos con la manga. Lo llamo para que me ayude a meterme dentro de mí mismo. El guardia gruñe y oigo el tintineo de sus llaves mientras camina. Johnson se esconde en alguna parte. Mientras tanto, algo he progresado. Tengo las manos calientes y mojadas de sangre.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, no estoy en mi celda.

—Te has muerto, McGlue —me está diciendo Foster, cerniéndose sobre mis pies con una chaqueta con botones dorados. O—: No te has muerto —está diciendo. Una luz amarilla me brota alrededor de los ojos y me pongo a llorar —. ¿Estás llorando? —me pregunta.

—¿Qué?

—Has hecho una estupidez —dice.

—Gracias a Dios —digo. Y no sé qué estoy diciendo. No me tiemblan las manos y mi mente no se ha ennegrecido con lo que sea que le ha hecho tantísimo daño, pero no soy capaz de decir en qué he cambiado. Me doy la vuelta para mirar a Foster. Luz y música lo rodean. Hay muchas cosas que no me muestran mis ojos y en vez de eso, una canción, una voz de mujer.

Es mi madre.

—Niño estúpido —dice, mientras deja una bolsa de pan—. Vienen a decirme que mi hijo se ha matado y llego aquí y aquí estás. ¿Me oyes? Me han dicho, qué, que estabas intentando tocarte los sesos. Cochino.

Es una canción que ha cantado antes, me parece. Foster se aparta de la ventana. Se me ennegrecen los ojos de espanto. Mi madre le da golpes a la mesa con el pan. Pero no es pan. Es solo un puño hinchado envuelto en un trapo marrón.

—¿Tu mano, mamá?

—No ha sido nada inteligente, van a retrasar la vista —dice Foster.

Las manos de quién en los vendajes de quién, sueño con

algo que he visto antes o hecho antes.

—Dicen que se te estaban desparramando los sesos. Cómo es que no estás muerto, solo Dios lo sabe.

—Solo Dios lo podría saber —dice mi madre. Saca caramelo masticable de una bolsa y lo lanza por el aire. ¿Dónde aterriza? Foster se sienta y espera a que me quiten las vendas de la cabeza. Quiere inspeccionarme.

—En cuanto lleguemos a la verdad, tendremos algo con lo que contar. Por el momento, tenemos que atarte.

Se sienta y se levanta y se sienta y contempla a mi madre prolongadamente con ojos desconfiados. Le ofrece un panecillo con mantequilla. Algo está pasando.

—Siento lo de mi hijo —dice mi madre.

La habitación se hincha y zumba con algo. Dios no me ha abandonado, estoy pensando. Y entonces me pongo a pensar que tengo a Dios. No lo tenía y ahora lo tengo. Quiero decírselo a Foster, pero ha salido de la habitación. No puedo mover ni los brazos ni las piernas. Deben de estar atados. No puedo levantar la cabeza. No estoy desesperado ni enfadado. Me tranquilizo con una canción.

Y entonces estoy solo en la habitación.

Y luego vuelven otra vez, ahogando la voz de mi cabeza con su cháchara.

«Tal y cual y esto y aquello», dicen. Suenan como un motor resoplando. La larga sirena de un barco en el puerto.

Si maté a Johnson debe de haber sido por la noche, por error, mientras de broma blandía con la mano un vistoso cuchillo y Johnson apareció tras él.

—Por ahora no significa nada, McGlue —dice Foster. Pero antes ha dicho que la verdad lo significa todo—. O te dan por loco y te encierran para siempre o te dan por loco y te sueltan con tu madre, como a un niño tonto.

Mi madre zurce un calcetín y se lamenta. Está diciendo que ha visto cómo se derrumbaba su casa sobre su hijo más querido. Les digo a Johnson y a Foster que esa madre no está en mi cabeza. La he visto con mis propios ojos. Es una zorra con el corazón renegrido. ¿La ves ahora? Está ahí sentada, escupiendo en mi tumba.

Johnson dice: «Morí por la mañana temprano». Foster no puede verme. Tal vez mi voz lo haya dicho, aunque siento el

aliento en el cuello. Ahora estoy sentado en una silla como debe ser. Foster está junto a la puerta, observándome. Mi madre está fregando los platos. Mi hermano escribe en un libro y derrama la tinta.

—Está bien —dice mi mamá.

—Está bien.

—Somos ricos —dice alguien.

—Te ha dejado una fortuna.

—Es verdad —dice Foster—. Suficiente para toda la historia de tu vida.

Mi madre lleva una corona de oro y escupe en mi tumba y llora.

—Si yo maté a Johnson, la culpa fue suya por descuidarse. Se cayó hacia mí sin más. Nunca fue capaz de aguantar el alcohol. Cayó sobre la espada, como se suele decir.

Siempre habíamos sido buenos amigos, de eso me acuerdo. Me salvó la vida. Me estaba muriendo de frío en alguna parte, casi era una estatua de piedra con carámbanos colgándome de la nariz. Apareció en un caballo prometiéndome qué, ahora me olvido, otra vez.

—Buen viaje.

—Eso es.

—Está bien —dice Foster.

—Ahora, duerme.

Ahora, duermo. Por la mañana los ángeles cantan mi marcha fúnebre.

Por la mañana lo recuerdo todo. Y ahí está Johnson en mi cuello, los labios tiernos y luchadores, casi en mi garganta, diciendo: «¿Y entonces qué? Por la mañana, qué pasó, una vez que llegamos allí y te detuve y dije qué».

Se refiere al día en que murió, en Ciudad de Piedra. Apenas puedo pensar.

Una enfermera me trae un bote en el que mear. La maricona me frota el pecho con ungüento. La tormenta tapa el sol rápidamente a través de la ventana y estoy otra vez bocabajo sobre la almohada llena de heno, sintiendo cómo se balancea el barco, me pesa la cabeza, tengo las yemas de los dedos hinchadas, Johnson entra y sale a ver cómo estoy, cada vez que se va dice: «Está enfermo, no lo molestéis», después de dejarme con otra botella de ron.

Ahí viene esa marica por última vez. Esta vez soy un asesino y me mira raro. Dame un poco de eso, quiero decirle, pero mi brazo, que quiero levantar para señalar con el dedo antes de abrir la mandíbula para decirlo, está atado. Quién es responsable de este acto de secuestro, me gustaría saber. Estoy borracho. Afuera las estrellas giran tan hermosas. Johnson aparece como un vapor, se mueve con rapidez por la habitación y se mete en la cama conmigo.

—Johnson —le digo—. No seas marica.

Está cubierto de sangre y tiene los ojos abiertos de par en par, horrorizados. Es un cadáver. Y afuera brilla el sol y la luna mengua y amanece. De noche las estrellas giran y brillan, luego vagan. Foster me dice que mire hacia delante y diga lo que veo. Dibujos a plumilla para niños. «Perro», «Tren», «Casa», es todo lo que consigo decir sin dar respuestas equivocadas. «Minuto», «Más o menos», «Te lo dije», «Pero primero».

En el barco, la maricona se viene a la cama conmigo.

—Te quiero —dice. Y estoy soñando. Me mete en el bolsillo unas cuantas monedas de plata. Mi boca se revuelve. Johnson se encuentra conmigo en la calle. Es Zanzíbar. Es la ciudad de Nueva York.

—Tengo una fortuna —dice Johnson. Me entrega unas cuantas monedas de plata. Entro en la tienda y compro una botella.

—Las botellas de una en una —dice el hombre detrás del mostrador. Salgo y vuelvo a entrar. Me vende otra.

—Te quiero —dice él otra vez.

En los muelles hay una chica negra vestida con harapos vendiendo flores rojas. Me compro una y me la meto en el pelo detrás de la oreja. Los hombres me persiguen y yo bailo una giga. Mi madre se tapa los ojos.

—Estábamos en la plaza. Me apartaste a un lado, a un callejón oscuro. Fue al amanecer. Dijiste que habías decidido morir. Te acuerdas de esto.

—¿Tú o yo? —pregunto.

—Uno de nosotros tiene que morir —dice uno de nosotros.

Su navaja es bonita y dice:

—Adelante, hazlo. —Mi cuchillo de aparejar está oxidado y él lo ve y dice—: Sigue, venga.

Pero primero.

Y todas las veces que dijimos que te habíamos querido, decían siempre las canciones.

—Y te besé. Y el cuchillo entró.

Y nos besamos en ese preciso momento y lugar, y quizá yo morí entonces antes que nada. Enseguida, sin embargo, en lugar de unos labios un puño se dispara hacia mi boca, por lo que le estoy agradecido. Johnson vuelve a decirlo: «Adiós». Y embadurno mi boca ensangrentada en la suya.

Temblando bajo el sol y las nubes, como la gloria de alguna manera, con la cabeza dura llena de arena, sombreados de sudor y furiosos, le miro a la cara desde arriba, el brillante cabello negro iluminado por el sol, lo oigo una vez más, lo beso y vuelvo a levantar el cuchillo.

FIN

Agradecimientos

La autora desea darles las gracias a Susan Collyer, Brian Evenson, Rivka Galchen, Rebecca Wolff, Bill Clegg y Jean Stein.

Fragmentos de *McGlue* han aparecido en *LIT* y en *Electric Literature*.



Título original: *McGlue*
Primera edición en castellano: marzo de 2024

ISBN: 978-84-204-7672-8

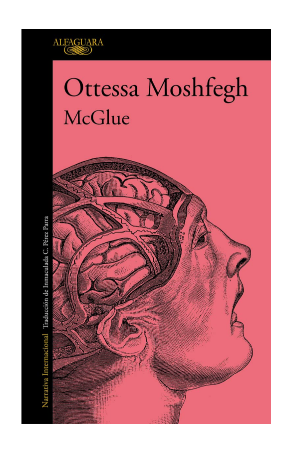
Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES

Ganadora del Fence Modern Prize y del Believer Book Award, la despiadada novela de debut de la autora del fenómeno Mi año de descanso y relajación: «Todo un viaje» (*The Times*)

UNO DE LOS LIBROS MÁS ESPERADOS DE 2024 POR *LA VANGUARDIA*

«Posiblemente la autora estadounidense más interesante de su época».
The New York Times



Salem, Massachusetts, 1851: McGlue, marinero rudo, tramposo y canalla, nos habla desde la bodega mugrienta del barco en la que está retenido, en un estado de embriaguez intermitente que vuelve la realidad ambigua. Divaga entre recuerdos borrosos y teje una fina línea entre la niebla del alcohol y las trampas de la memoria.

Es posible que haya matado a un hombre, y que ese hombre fuera su mejor amigo. Ahora, solo quiere un trago para acallar las aterradoras sombras que acompañan a su indeseada sobriedad.

A medio camino entre un cuento de piratas y un western, la primera novela que escribió Ottessa Moshfegh huele a vómito, sangre, pólvora, whisky, sal, sudor y madera vieja, y demuestra que desde el principio supo ser nihilista y superlativa.

La crítica ha dicho…
«Extraña y magnífica».
Los Angeles Times

«*McGlue* debe tanto a Cormac McCarthy como a Poe o Melville. Un artefacto curioso y encantadoramente barroco».
The Independent

«Impresionante».
The Guardian

«Se lee como un corte en la garganta: inmediato, visceral, sincero, implacable, violento, grotesco y hermoso. […] McGlue combina la urgencia de la ficción breve con la grandiosidad de un clásico de la épica marítima».
Los Angeles Review of Books

«Estás en buenas (aunque pegajosas) manos con cualquier historia de Ottessa Moshfegh. […] Escrita como si tuviera la náusea en la garganta, la trama da más vueltas que la cabeza de su protagonista y la prosa es tan destilada como el licor que traga sin parar. […] Todo un viaje».
Fiona Wilson, *The Times*

«En McGlue, su facilidad para habitar la voz de un sinvergüenza del siglo XIX compite con su capacidad para evidenciar los rincones más ásperos y sucios de la condición humana. […] Su prosa es impresionante, ingeniosa y siempre eléctrica
Bustle

«Su novela de debut ya incorpora el tipo de personajes que

configurarán su imaginario: con una psicología salvaje y un esperpento vívido que intrigará a sus lectores».
Booklist

«Una anticomedia romántica potente, peculiar y delirante».
Kirkus Review

«Descendiente de Nathaniel Hawthorne y Raymond Carver, Moshfegh transforma lo venenoso en estupefaciente».
Rivka Galchen

«Una historia sórdida de amor y muerte en alta mar que entremezcla una prosa maravillosa con un virtuosismo y una sensación de verdad que te retorcerá las entrañas por no poder evitar estar de acuerdo».
Gary Lutz

Ottessa Moshfegh (Boston, 1981) es una escritora estadounidense de madre croata y padre iraní. Con su primera novela, *McGlue* (Alfaguara, 2024), obtuvo el Fence Modern Prize in Prose y el Believer Book Award, y gracias a *Mi nombre era Eileen* (Alfaguara, 2017), adaptada al cine con Anne Hathaway como protagonista, recibió el Premio PEN/Hemingway al mejor debut literario en 2016 y estuvo nominada al Man Booker Prize. Alfaguara también ha publicado las novelas *Mi año de descanso y relajación* (2019), una obra corrosiva y aclamada de modo unánime por el público y la crítica, y *La muerte en sus manos* (2021), que la propia Moshfegh tuvo oculta durante años, y *Lapvona* (2023), además de la colección de relatos *Nostalgia de otro mundo* (2022), por la que ha sido finalista del Story Prize 2018 y que recoge algunos de sus mejores cuentos, publicados en medios tan prestigiosos como *The Paris Review*, *Granta* o *The New Yorker* y gracias a los cuales ha obtenido galardones como el Pushcart Prize, el O. Henry Award o el Plimpton Discovery Prize.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice